Año IV ¡Proletarios de todos los países, unios! Núm. 35

COMUNISMO

Organo teórico mensual de la Izquierda Comunista de España
(Sección Española de la Liga Comunista Internacionalista)

MAYO 1934

SUMARIO

Págs.

EDITORIALES: De mes a mes, por la *Redacción* 193
Hace falta una dirección, por *G. Munis*. 200
La tercera República francesa en la encrucijada: ¿Vuelta al bonapartismo y fascismo o lucha por la democracia?, por *Feroci*..... 204
La crisis mundial y la situación de la Unión Soviética, por *L. Fersen*..... 217
Trotsky, por *André Malraux*..... 223
La agonía de la Internacional Staliniana: La crisis del P. C. francés acerca del frente único..... 230
El partido argentino, en descomposición 233
La Internacional Comunista condena el «frente único sólo por la base»..... 234
La lucha revolucionaria en Cuba..... 235
Revista de libros 238
Revista de revistas 240

Número suelto: 75 céntimos

Toda la correspondencia al Apartado 9.034-Madrid

COMUNISMO

Organo teórico mensual de la Izquierda Comunista de España

La correspondencia al Apartado 9.034 - MADRID

Precios de suscripción:

España, Portugal e Hispanoamérica..... Un año: 8,50 ptas. Seis meses: 4,50 ptas.

Demás países..... Un año: 14 ptas. Seis meses: 7,50 ptas.

Los giros a Juan Andrade. Luchana, 16. - MADRID

NOTA ADMINISTRATIVA

PRECISAMOS SUSCRIPTORES

En estos últimos tiempos han aumentado bastante los suscriptores a nuestra revista. Casi en un 50 por 100 han aumentado en tres meses el número de nuestros suscriptores en España. Y esto no es nada en comparación con el número de suscriptores que podíamos tener ya si todos nuestros lectores se hubieran dispuesto a ayudarnos en esta tarea desde el primer momento en que planteamos la cuestión.

La base fundamental de la buena administración de una revista como la nuestra descansa en la suscripción. Son varias las ventajas que se nos proporcionan con las suscripciones. En primer lugar, el evitarnos las devoluciones de invendidos que nos hacen los profesionales; en segundo lugar, asegurarnos el pago, pues puede darse el caso de que el lector pague su número al vendedor y éste no pague los que debe a la Administración; en tercer lugar, se nos da a nosotros el beneficio de unos céntimos que, en caso contrario, se lleva el vendedor. Todas estas razones y varias más abonan la necesidad de que aquellos lectores que sean devotos compradores de nuestra revista se decidan a suscribirse a ella para darnos más facilidades administrativas y más firmeza económica. Los que no han atendido nuestros reiterados llamamientos en este sentido únicamente por abulia, deben apresurarse a escribirnos suscribiéndose. Remitimos también la revista a reembolso por el importe de una suscripción semestral.

* * *

Otra ayuda eficacísima que se presta a nuestra revista y a nuestras publicaciones en general es haciendo todos los pedidos de obras a nuestro servicio de librería y aconsejando a todos los amigos y camaradas que hagan lo mismo. La comisión que puede obtener el librero, al facilitárnosla a nosotros contribuye al sostenimiento de nuestras publicaciones. Hay bastantes lectores que adquieren por mediación nuestra todos sus libros. Pero a los que no lo hacen son a quienes nos dirigimos para que nos ayuden de esta manera.

Toda la correspondencia debe enviarse a: COMUNISMO. Apartado 9.034, Madrid.

AÑO IV MAYO DE 1934 NUM. 35

EDITORIALES

DE MES A MES

En nuestro pasado número dábamos cuenta de que debido al estado de alarma nos habíamos visto obligados a retrasar la salida de la Revista. Idéntica manifestación tenemos que hacer este mes. Salimos con un extraordinario retraso porque las autoridades, con el pretexto del estado de alarma, suspendieron nuestra publicación cuando ya estaba compuesto e incluso tirada una parte de este número. Ya decíamos también el mes pasado que no sería la última vez que este percance nos sucediera; poco tiempo ha sido preciso que pasase para que de ello tuviéramos una prueba más. Este Gobierno, «pacificador de espíritus», viene demostrando que no es capaz de gobernar más que con las leyes de excepción. Y no hay que decir, de puro sabido, que éstas sólo se aplican contra la clase trabajadora. El gobernador civil de Madrid ha redactado una lista de toda la Prensa obrera, hasta de la más templada, que se publica en la provincia de Madrid. Inmediatamente que el Gobierno hace público el estado de alarma, el gobernador civil hace a multicopista una serie de circulares que remite a todos los periódicos obreros, comunicando que «disponiendo de las facultades que establece la ley de Orden público, suspende indefinidamente la publicación». Levantado el estado de alarma, COMUNISMO vuelve a salir. No sabemos si el próximo número se publicará a su fecha, puesto que cualquier contingencia será suficiente para declarar el estado de alarma y para que el gobernador de Madrid ordene tirar a multicopista su circular de suspensión. Ni en tiempos de la monarquía la persecución contra la Prensa obrera ha sido tan violenta como bajo el dominio de estos Gobiernos lerrouxistas. Bajo el estado de alarma se suspenden los periódicos, en normalidad constitucional se denuncian sistemáticamente. Todo ello no hace más que poner en situación difícil a los órganos como el nuestro, que no tienen reservas alguna y que viven exclusivamente de lo que la venta y suscripción le facilitan.

* * *

Se va evidenciando cada día más que los sucesos políticos del país se suceden independientemente de lo que suceda en el Parlamento. Las últimas semanas nos han ofrecido ejemplos de esto. Un Parlamento que no representa de ninguna manera la correlación de fuerzas en el país, es lógico que no pese de manera sensible en los acontecimientos que se suceden. La última crisis, es decir, la que dió lugar a que el Sr. Samper ocupase la presidencia del Consejo de Ministros, aunque no ha tenido efecto alguno en el cambio del Gobierno ha estado provocada por sucesos ajenos al Parlamento. Vemos cómo todas las fuerzas que figuran en primera fila de la contrarrevolución se esfuerzan por todos los medios en justificar esta Cámara y darla la mayor vida posible. Ellas mismas son las que están más convencidas de lo que este Parlamento es. Se ha elevado esta Cámara a base de la mayor corrupción electoral que se ha conocido, incluso en los peores tiempos de dominación de la monarquía, en los que hacía las elecciones Montero Ríos. Se han desparramado por toda España millones de pesetas, que los terratenientes, industriales y banqueros han puesto a disposición de Acción Popular y de los otros partidos coaligados con ella, sin exceptuar a los radicales. Por estos procedimientos y otros similares, disponiendo de todo el aparato caciquil español, se llegó a formar este Parlamento. Uno de los que desde el Gobierno hicieron las elecciones, el Sr. Botella Asensi, hizo estas mismas manifestaciones al abandonar el Gobierno. No hay tampoco nadie que de buena fe crea en la posibilidad de una vida prolongada de estas Cortes. Precisamente la conciencia de la inmoralidad de su origen y de saber que no representa la correlación de fuerzas del país, hace que en todas exista la convicción de su breve vida.

* * *

Unas Cortes como las constituyentes, en las que tenían gran predominio los socialistas y los partidos de la pequeña burguesía radical republicana, tuvo la hostilidad de la gran burguesía, que desde el primer momento combatió por su disolución, hasta que lo logró. Aquellas Cortes pudieron haber sido disueltas bajo la presión de la clase trabajadora. Pero no fué así, y se liquidó bajo los ataques de la gran burguesía reaccionaria, que fué la que en las elecciones, por los métodos de que ya hemos hablado, resultó triunfante. Los socialistas, ligados al Gobierno republicano, el único interés que tenían era que persistiera aquel estado de cosas; la Confederación se entretenía en una táctica estéril; del stalinismo, ni siquiera hablar. La clase trabajadora no puede alimentar esperanzas en lo que se refiere al parlamentarismo; pero tampoco puede desaprovechar toda contingencia de actuación que se

le presente. En este sentido, es evidente que en los actuales momntos corresponde una agitación conjunta de todos los partidos políticos del proletariado en favor de la disolución del Parlamento. Lo que en estas circunstancias supone esta campaña, no es necesario repetirlo. Pero esta campaña debe también ir ligada a una reforma de la ley Electoral, que no esté concebida a base de dar resortes al caciquismo provinciano. El sufragio de lista nacional es el verdadero sufragio político y él establece una mejor representación de las fuerzas políticas. Es necesario también reclamar el voto para todos los mayores de dieciocho años y para los soldados. Las elecciones, es decir, el período electoral, ofrece la posibilidad de una agitación intensísima en todo el país. Esto lo conocen bien las fracciones más reaccionarias de la burguesía española, que llegan a asegurar que el llamamiento a las elecciones supone el abrir la guerra civil. Aparte de lo que esto pueda tener de habilidad en boca de la reacción para asustar a los timoratos, es cierto que la convocatoria de unas elecciones generales marcaría una intensificación extraordinaria de las luchas políticas.

* * *

En los últimos dos meses ha habido en España huelgas generales e incluso parciales de una importancia extraordinaria y que han revelado la radicalización y enfusiasmo del movimiento obrero en las actuales circunstancias. Hay que destacar, no en balde hemos sido desde el comienzo los más entusiastas propugnadores de la política de frente único, que las dos grandes huelgas de Valencia y Zaragoza se han llevado a cabo bajo esta política. Ha sido un Comité integrado por la Unión General de Trabajadores y por la Confederación del Trabajo el que ha dirigido la huelga de Zaragoza. Todas las fuerzas obreras han respondido magníficamente a las órdenes de este Comité mixto y han vuelto al trabajo sólo cuando él lo ha indicado. En Valencia, la huelga ha estado dirigida por la Alianza Obrera, es decir, por un Comité de frente único. Estos movimientos han tenido un fuerte reflejo sobre la totalidad del movimiento obrero español, que con su ejemplo se ha vigorizado moralmente. Pero ha servido también para poner a contribución la mejor arma que tiene la clase trabajadora en sus luchas contra el capitalismo: la solidaridad proletaria. El movimiento de solidaridad que se ha despertado en toda España en favor de los huelguistas, y principalmente de los de Zaragoza, ha sido algo que ha llegado incluso a influir sobre la solución del conflicto, puesto que dió la impresión al Gobierno de que esta solidaridad podía llegar mucho más lejos si las circunstancias lo exigían. Sin embargo, la huelga metalúrgica continúa todavía en

Madrid. Estos trabajadores siguen su lucha sin encontrar la solidaridad coherente que precisaban. La forma en que se le ofrece la solidaridad, es mezquina y sin eficacia política. No únicamente en la declaración de la huelga general descansa la solidaridad a prestar, sino en toda una acción concertada del proletariado en otros terrenos.

* * *

Por fin, después de una serie de negociaciones que ya iban prolongándose demasiado, se ha hecho pública la constitución en Madrid de la Alianza Obrera, integrada por la Agrupación Socialista, la Junta Administrativa de la Casa del Pueblo, Juventud Socialista, Federación Tabaquera, Agrupación Sindicalista Libertaria e Izquierda Comunista. No han dado su adhesión, a pesar de haber sido reiteradamente invitados a ello, ni el Partido staliniano ni la Confederación Regional del Centro. A una de las reuniones asistieron dos miembros del Partido staliniano, es decir, dos irresponsables, como son todos los que dirigen esa secta. Después de dedicar una sarta de insultos a todos los asistentes, se retiraron de la reunión, satisfechos de haber cumplido con su deber e insultando nuevamente a todos. Esta es la táctica peculiar del stalinismo, y no creemos que sea necesario agregar nada más a lo que venimos repitiendo siempre en estas páginas. El stalinismo se ha asignado como misión el llevar al proletariado de todos los países a la trágica suerte en que se debate en la actualidad la clase trabajadora alemana. Por lo que se refiere a la Federación Local de Sindicatos Unicos o Confederación Regional del Centro, en realidad hasta ahora no ha dado una contestación definitiva. Para nadie es un secreto que la Confederación del Trabajo atraviesa en la actualidad una seria crisis, uno de cuyos puntos principales de litigio es la actitud a adoptar ante el frente único. La opinión no es muy unánime y parece que cada vez gana más terreno la tendencia que propugna abiertamente la necesidad de llegar a un acuerdo con las demás tendencias obreras para hacer frente a la reacción y el fascismo. En realidad, hasta ahora se está pendiente de contestación por parte de los elementos confederales. Pero todo hace abrir la esperanza de que en breve, por lo menos la Alianza Obrera de Madrid, podrá contar con la adhesión de los camaradas confederales, lo mismo que en Asturias ya pertenece a la Alianza Obrera la Confederación Asturiana e interviene en todos los actos. Es más: las impresiones que recibimos son de que no pasará mucho tiempo sin que se conozca el acuerdo de la C. N. T., en sentido nacional, de pertenecer a las Alianzas Obreras.

* * *

No hemos de ocultar que los pasos dados hasta ahora por la Alianza Obrera en Madrid no nos satisfacen, ni muchísimo menos. La publicación y la redacción de la nota en que se daba a conocer a la clase obrera la constitución de dicho organismo, es ya suficiente para que formulemos nuestra disconformidad. El hecho de que varias agrupaciones obreras, por primera vez, hayan llegado a un acuerdo para hacer frente al capitalismo, nos parece que es motivo más que suficiente para que se destaque en la Prensa de las organizaciones adheridas a la Alianza Obrera. Sin embargo, *El Socialista* realizó un verdadero saboteo de la resolución; saboteo que de ninguna manera puede ser imputable a la Redacción, sino a los dirigentes y como consecuencia de un criterio. Y estaba mucho más obligado el órgano socialdemócrata a esto, cuanto que la demás Prensa obrera que podía haberlo dado a la publicidad se encontraba suspendida, como ocurría con nuestros dos órganos. Un deber de lealtad obligaba a destacar el hecho. Pero no es esto sólo: la redacción de la propia nota no era a propósito para inspirar una gran confianza y entusiasmo a la clase trabajadora. Desvaída, gris, hasta confusa, faltaba en ella toda vibración. Parecía una resolución de compromiso en la que no se pone la menor fe. El acto, que indudablemente debiera haber tenido una gran trascendencia para la clase trabajadora, no sólo madrileña, sino nacional, pasó casi desapercibido por el poco calor que al acto prestaron y prestan algunos de los firmantes. La Alianza Obrera, el frente único o unidad de acción, es algo más fundamental y serio que un simple pretexto para justificar o intentar justificar ante la clase trabajadora que se es partidario de conjugar todos los esfuerzos. Es la suerte de la clase trabajadora la que está en juego y ante esto de ninguna manera puede transigirse con las actitudes frías, diplomáticas, exentas de sinceridad y de querer realmente llevar las cosas a sus últimas consecuencias.

* * *

Previamente a la reunión de El Escorial de las fuerzas de Acción Popular, las organizaciones políticas de la clase obrera habían expresado su decisión de combatir resueltamente el intento. Las Juventudes Socialistas habían tomado el acuerdo de una acción. Esta no podía tener un resultado enteramente eficaz si no era a base de concertar para el fin concreto los esfuerzos de todas las organizaciones del proletariado. En este sentido, desde el primer momento se encaminó nuestra actuación. Una vez más fué imposible establecer las condiciones mínimas para la actividad conjunta. Y es que prácticamente se va demostrando que el frente único se ha convertido en maniobra no de una sola fracción del movimiento obrero, sino de todas las que ocupan los

principales puestos de mando. En el terreno abstracto de las consideraciones teóricas, todos, absolutamente todos, son igualmente panegiristas de la unidad de acción. Sin embargo, la práctica es muy diferente. El éxito de la concentración de El Escorial, es decir, la celebración del acto sin una fuerte reacción obrera, hubiera significado el desarrollo rapidísimo de las tendencias fascistas que Acción Popular representa. Esto no era un secreto para ningún trabajador de mínima educación política, y, por lo tanto, mucho menos para los dirigentes. Era todo el movimiento obrero el que se encontraba amenazado. No obstante esto, no hubo posibilidad de aunar la acción. Cada organización quería actuar independientemente. La proximidad de la fecha hacía temer que la fanfarronada vaticanista no encontrase la respuesta enérgica del proletariado. Las Juventudes Socialistas, que en primera línea habían especulado con sus amenazas, no habían contado con la autorización gubernamental. El éxito planeado a base de ningún sacrificio, se evaporaba. Algunos núcleos de trabajadores comunistas, con su decisión peculiar, habían actuado, pero aisladamente, reducidamente, sin plan ni dirección.

* * *

A los que reiteradamente, ante nuestras proposiciones concretas, se nos había dicho que no era preciso una huelga general de veinticuatro horas como protesta, no pudo por menos de extrañarnos la declaración casi inopinada de la misma. Y mucho más cuando el día anterior habíamos leído el órgano juvenil, en el que en la suspensión de la manifestación populista se intentaba eludir el compromiso de toda acción. En este caso sí que puede decirse que la presión de la opinión obrera general obligó a los socialistas a la declaración de la huelga general. El proletariado madrileño respondió magnífica y unánimemente. Era algo esperado y querido. Pero también es cierto que se dejó a la clase obrera abandonada a su suerte, sin consigna alguna y sin dirección. Fué, sin embargo, una movilización general del proletariado madrileño con una finalidad clara: exteriorizar su fuerza y hacer acto de presencia. El objetivo perseguido de parar, no de atacar, el desarrollo fascista, se consiguió; pero también se sacaron enseñanzas para el futuro que no deben olvidarse. Se demostró la incapacidad dirigente del partido socialista. No basta en un momento dado, disponiendo de la mayoría organizada de la clase obrera, arrastrar a ésta a un paro, que en estas circunstancias equivale a una acción de carácter revolucionario. Es preciso ante todo dirigirla. En esto es donde se demuestra la incapacidad absoluta de la socialdemocracia. Cuando la presión del proletariado se hace irresistible, cuando el ataque burgués es fuerte, se da la consigna

de una acción. Pero al mismo tiempo no se la dirige. Es lo que sucedió en Austria en el mes de febrero; es lo que, en una escala más inferior, ha sucedido en España el día 22 de abril. Por eso también es un verdadero crimen político fomentar en las masas trabajadoras el menor ilusionismo sobre las posibilidades revolucionarias del partido socialista. Este, en la hora definitiva, dejará al proletariado abandonado a su suerte, si es que no se pasa al bando contrario.

* * *

Hemos hecho resaltar en estas páginas repetidas veces, desde que el partido socialista inició su actual viraje (!) hacia la izquierda, que esta postura sería liquidada en la primera ocasión que se presentase de una nueva colaboración republicanosocialista. ¿Significará esto el discurso de Prieto en las Cortes, contestando a Calvo Sotelo? La significación del discurso no está, para nosotros, ni en la emoción ni en el efecto que haya podido causar en la Cámara. Estos estados de opinión parlamentaria poco nos importan. La importancia del discurso de Prieto reside en que ha abierto el camino de las negociaciones, de la colaboración entre las fracciones republicanas y los socialistas. Significa el discurso, que es un socialista el que toma, con la anuencia tácita de todas las fracciones republicanas, la defensa de los Gobiernos burgueses de la República. Significa un intento, no rectificado por nadie, de aproximación entre republicanos y socialistas. No creemos equivocarnos al afirmar que el discurso de Prieto rompe el período de la demagogia clasista del socialismo español e inicia el juego de las combinaciones para una coalición republicanosocialista. El que durante todo el período de las actuales Cortes se haya dado de hecho la dirección de la minoría socialista a Indalecio Prieto, es decir, a aquel de sus miembros que reconocido por él y por todos no tiene nada de socialista, es ya un indicio de lo que se proponían con ello. Y con ello se proponían aprovechar la coyuntura parlamentaria para que Prieto, que es también el que merece más confianza a las fuerzas republicanas, que con justa razón lo consideran uno de los suyos, provocase la reanudación de una nueva coalición republicanosocialista. Repetimos que el discurso de Prieto supone un nuevo cambio en la actitud del partido socialista; mejor dicho, en sus palabras, porque hasta ahora, a pesar de toda la demagogia, no se había operado ni el más leve cambio en la acción.

HACE FALTA UNA DIRECCIÓN

El problema de la dirección revolucionaria del movimiento obrero es el de mayor importancia de cuantos el mismo tiene planteados. La clase obrera puede avanzar o retroceder en sus conquistas parciales con una independencia relativa de la estructura política y revolucionaria de su dirección, cuya característica permite a no pocos falsos dirigentes conservar sus puestos; pero, a la larga, la ausencia de una dirección revolucionaria se traduce inevitablemente en la derrota de la revolución. La República—una conquista parcial del proletariado—pudo llegar aun situándose a la cabeza de las masas desde Alcalá Zamora hasta Largo Caballero, y entre éstos, Azaña y Lerroux. De haber existido cuadros aptos a la vanguardia del movimiento, tendríamos hoy un Octubre español en vez de las elecciones del 19 de noviembre. Aunque débilmente, desde el 22 de abril se observa también cierto progreso del movimiento obrero en detrimento de la reacción. Los leguleyos y taumaturgos de la revolución, los vividores para quienes ésta no es más que el salvavida para el náufrago, que se apresura a arrojarlo tan pronto como se siente seguro, y los ignorantes, pueden creer que el avance marcado obedece a la eficiencia de la dirección socialista (no les conviene creer otra cosa); mas lo evidente, para un mediano observador, es que la dirección actual ha influido en el triunfo en la misma medida en que el jinete dirige el caballo desbocado. Se nos podrá argüir que no escasa parte de la radicalización de las masas se inició en la campaña electoral de los socialistas, lo cual, siendo cierto, no anula nuestra afirmación; demuestra únicamente que, viéndose perdidos los socialistas si el fascismo gilroblediista alcanzaba el Poder, recurrieron desesperadamente al método eficaz a contener el avance de aquél: la exaltación revolucionaria de las masas.

La tarea no era tan fácilmente realizable como en la campaña contra la monarquía. Las ilusiones democráticas de las masas estaban considerablemente reducidas y el prestigio de los hombres socialistas era nada halagador. Ineludiblemente había que salirse del marco natural y propio del partido socialista. De otra manera, la gente no reaccionaría. Así se inició, por exclusivo instinto de conservación, una «revisión» de principios en el seno del P. S. Roto el fuego contra el parlamentarismo por Largo Caballero, la mayoría de los burócratas y subburócratas, comprendiendo el arraigo que ante el proletariado había de tener la nueva campaña, se veían forzados a seguir con más o menos lealtad a Largo Caballero. Sólo el sector más corrompido se atrevió a hacer objeciones. Tras un forcejeo tanto más tímido cuanto mayor consciencia tienen los elementos centroderecha del vigor revolucionario del proletariado, todos se avinieron a «respetar la disciplina del partido», reduciéndose la discrepancia a ligeras alteraciones domésticas y la «revisión» a un cambio de presidente de la U. G. T. Con la dimisión de Besteiro y las directivas de los Sindicatos de trabajadores de la tierra y ferroviarios, los brillantes partidarios de la dictadura del proletariado dieron por terminado el expurgo. Se desistió del Congreso extraordinario, en el que se pensó

al principio, porque, indudablemente, éste hubiera sobrepasado con creces los deseos de los más revoltosos socialistas, queriendo dar la impresión, con las dimisiones citadas, de fortaleza y suficiencia revolucionaria de la dirección. La realidad es que las diferencias que separan al sector más extremo del ala derecha, son mucho menores que las que distancia al primero de la política de un partido revolucionario. El escamoteo del Congreso obedece a la necesidad de «lavar en casa la ropa sucia» y evitar la exteriorización de las tendencias centrífugas, que habrían pulverizado al reformismo maloliente de Besteiro y puesto en situación crítica al centrismo, un poco ingenuo y más oportunista, de Largo Caballero.

Si en el plano orgánico la «revisión» iniciada por bolchevizantes discursos se redujo en la práctica a una ridícula trasmutación de presidentes, en el área política se ha hecho mucho menos aún. A raíz de las elecciones, la borrachera revolucionaria producida por la súbita radicalización de Largo Caballero y Prieto—más por habilidad política que por sinceridad este último—no permitía ver la debilidad sin límites, descontando errores de principio, de que estaba dando muestra la dirección socialista. Seis meses más tarde de iniciada la ofensiva (temo ser excesivamente benevolente al decir «ofensiva»), los obreros más conscientes habrán podido cerciorarse de que el movimiento revolucionario no tiene dirección. No hacemos afirmaciones gratuitas; la ola de entusiasmo despertado por la campaña electoral de los socialistas es de las que encuentran pocos precedentes históricos en su género. Un mes escaso bastó para elevar el nivel moral de las masas hasta un punto que hubiera sido posible, sin grandes dificultades, anular cuantos triunfos tenían apuntados las derechas e impedir la reunión de las actuales Cortes. A los que, heridos en su amor propio de socialistas, se resisten a creer nuestras palabras, les preguntamos: «Si el movimiento obrero tiene la dirección que necesita, ¿cómo es que el propio Gil Robles—no muy contentadizo, por cierto—ha podido decir en uno de sus discursos, que él había deshecho en pocos meses la obra de dos años de República; es decir, las escasas ventajas tan caramente pagadas por el proletariado? A los socialistas se debe el renacimiento del movimiento obrero; pero después del primer impulso, los que aparecían como dirigentes han escondido las manos y hasta el presente no sabemos dónde las tienen, si bien es posible que estén buscando sus cabezas...

Recientemente, la jornada del 22 de abril marca un jalón favorable a la clase obrera. Una vez más ha puesto ésta de manifiesto el inmenso poder que es susceptible de desarrollar. Triunfo indudable; pero, ¿de quién? A nuestro juicio, se trata de un magnífico regalo de la clase obrera al P. S. La primera no debe ningún servicio a la dirección de este último. Arrostrando las iras de los camaradas socialistas, diremos que lo más probable es que la huelga se hubiera producido con la misma unanimidad sin las octavillas hechas circular por la juventud socialista. No hubiera sido el primer paro sin órdenes sindicales. Pero en política los pecados de la dirección caen sobre las espaldas de toda la clase obrera. No sólo quedó demostrado durante la huelga, como en más de una ocasión predijo la Izquierda Comunista, que una gran campaña antifascista hubiera dado al día 22, en lugar del carácter de defensa, el de la primera ofensiva victoriosa contra la reacción; sino que la absoluta inercia de la dirección socialista, antes y después de la huelga, dió margen a las derechas, aun puesta a la luz del día su debilidad, salvar las Cortes y al Gobierno Lerroux, sin Lerroux en la presidencia. Esta maniobra de las

derechas no hubiera sido posible con una dirección revolucionaria aconsejando a las masas.

Por pueril que parezca, nos vemos obligados a salir al paso del más escandaloso mito de los muchos que se dejan circular en estos tiempos de confusión ideológica. Nos referimos al que pretende hacer pasar la pasividad de la dirección socialista por inteligente táctica revolucionaria. No lo creeríamos si diariamente no lo estuviéramos oyendo. A cuestiones concretas que se le presentan al movimiento obrero, contestan los socialistas con la misma respuesta: «Hay que prepararse; nada de algaradas.» Y mientras las derechas amnistían a los contrarrevolucionarios del 10 de agosto y el Gobierno Lerroux reaparece debiendo haber arrastrado a las Cortes a su sepultura, Largo Caballero y sus «estrategas» engrasan sus ametralladoras, que a esto sólo (¡!) le llaman ellos prepararse. Perdónenos Largo Caballero si al escribir esto no podemos contener una sonrisa; pero nosotros hemos aprendido que si engrasar ametralladoras es una cosa importante, mucho más lo es la preparación política de la revolución; tarea que la dirección socialista tiene por completo abandonada. En algunos momentos, y no por mucho tiempo, se puede embaucar a los obreros hablándoles de tácticas misteriosas. Los mayores esfuerzos de pedagogía revolucionaria por nuestra parte, quizás no lograsen convencer a muchos de semejante falsedad teórica; pero unos meses de experiencia revolucionaria mostrarán a todos que a la revolución se llega organizando a las masas y enfrentándolas a la reacción, lo que no es posible hacer—ni nos interesa—a puerta cerrada.

Todo se explica para los que no temen reconocer la verdad. La diferencia que se observa entre la potencia y las posibilidades del movimiento obrero, de una parte, y la inactividad de la dirección socialista, por otra, se expresa por la diferencia que existe entre el marxismo revolucionario y el centrismo, voluble y enteco. Las tendencias centristas, en infinitos grados de progresión, se han presentado siempre en el movimiento obrero, tanto en las épocas potentes como en las de retroceso del mismo. Dicho fenómeno tiene su nacimiento en la resistencia de las capas más conservadoras del proletariado a situarse de lleno en el terreno de la revolución. La especie de centrismo que hemos visto nacer en el P. S. es de lo más tímido e inconsecuente que se conoce. Siempre fué la inconsecuencia idiosincrasia centrista; pero mientras que en otros sitios, Italia, por ejemplo, antes de la guerra europea, la evolución hacia la izquierda fué seguida por una depuración más o menos profunda del partido socialista italiano, al centrismo de Largo Caballero le ha faltado virilidad hasta para acabar con sus adversarios de la derecha. Con negar la democracia burguesa, declararse partidario de la dictadura del proletariado, hablar con voz ronca de prepararse y propugnar el abandono del Parlamento—inoportunamente, consignémoslo—, los anhelos revolucionarios de Largo Caballero quedan por completo satisfechos. Las cuestiones fundamentales de la estrategia y de la lucha cotidiana no reciben contestación; las masas son abandonadas a su impulso natural, perdiéndose, al llegar a la dirección, las promesas de triunfo que su potencia encierra.

Los obreros revolucionarios están siendo diariamente víctimas de un fraude político. Despertadas por Largo Caballero sus esperanzas en la revolución, buscan y necesitan una dirección; pero después de los primeros discursos fuertes, todo lo que se les da es quietud y promesas de prodigiosa felicidad. Por fortuna para Largo Caballero, los acontecimientos se van sucediendo de manera que hoy el peligro no es inminente para él. Hasta puede aumentar su prestigio de revolucionario porque no está agotado el margen en que el movimiento revolucionario progresa con sus recursos naturales y a pesar de los errores y debilidades de su dirección. Más la inminencia se presentará, puede asegurarse, y esperamos que su presencia se manifieste con un puñetazo por la izquierda.

La historia dispone de tal multiplicidad que no es raro encontrar períodos en que las gentes más anodinas pasen por dirigentes revolucionarios. Si las cosas no sucedieran así, no tendría gran mérito serlo realmente. Pero, como en todos los aspectos de la vida, visión real sólo se obtiene abarcando una larga etapa. En un tiempo, los dirigentes de la Commuua de París pudieron pasar por inmejorables revolucionarios; la posteridad los conoce como uno de los ejemplos más escandalosos de insuficiencia y timidez. Hoy, las particularidades del momento dan carta de dirigentes a los pusilánimes centristas del socialismo; están, sin embargo, tan lejos de su dirección revolucionaria como un pigmeo africano de la raza occidental. Cuando hablan a los obreros sus frases son espectaculares e hinchadas, como los globos de oxígeno, porque, como ellos, disimulan el vacío con el volumen aparente. En tratándose de obrar, todo acaece de muy diferente manera: las frases ultrarrevolucionarias degeneran en organismos democráticos. Los nominales enemigos del liberalismo burgués no saben hacer sino replegarse paso a paso, ajustando sus movimientos a las formas parlamentarias, y si alguna vez se deciden a obrar activamente en la calle... Austria nos da el ejemplo de lo más que pueden hacer.

Hace falta una dirección revolucionaria del movimiento obrero. Las mejores posibilidades del proletariado quedarán fallidas si en el curso de los próximos meses no se estructura ésta. La tarea de la vanguardia es crear los cuadros dirigentes de la revolución. Sin una dirección que condense las energías de las masas, ilustrándolas con la experiencia revolucionaria; sin guía que vea claro y oriente sin temores, el porvenir de la revolución es más que incierto.

G. MUNIS.

Pídase catálogo de obras al servicio de librería de «Ediciones Comunismo». Adquiriendo todas nuestras obras por mediación de nuestro servicio de librería, seréis bien servidos y al mismo tiempo contribuiréis al sostenimiento de nuestras publicaciones. Se sirven todo género de libros: políticos, literarios, científicos. Los pagos, siempre por anticipado o a reembolso.

LA TERCERA REPÚBLICA FRANCESA EN LA ENCRUCIJADA

¿Vuelta al bonapartismo y fascismo o lucha por la democracia?

1.—Daladier, jefe del Gobierno radical socialista, dijo que Francia era «la última trinchera de la libertad». En cierto sentido, la afirmación era justa. Si por *libertad* se entiende el régimen democrático, no cabe duda que desde este punto de vista se nos muestra Francia como el país más tenazmente conservador. Toda una serie de factores (ventajas logradas por el capitalismo francés en la última guerra; equilibrio relativo del mercado interior entre la ciudad y el campo; predominio del campesino medio, del pequeño productor, del pequeño comerciante; debilidad de las organizaciones obreras, etc.), han permitido reinar a la burguesía francesa por más tiempo que a las otras, mediante el sistema democrático parlamentario. Pero Francia, al igual de los otros países, no podía escaparse a la crisis de degeneración de la democracia, que es ya crisis de la sociedad burguesa, en plena decadencia. Los recientes sucesos (motín del 6 de febrero, huelga general del 12 de febrero, etc.) lo prueban bien claramente, y también confirman la total impotencia de los radicales socialistas en la defensa de «la última trinchera».

Pero ¿es justo afirmar, desde otro punto de vista, que también para los obreros es ésta «la última trinchera»? Si después de Italia, Alemania y Austria cae también Francia en manos de la reacción fascista o semifascista, Bélgica y España, a las que puede considerarse, a Norte y Sur, como continuación francesa, no podrían sustraerse a idéntica suerte, de modo que, salvo el territorio soviético, todo el viejo continente europeo se hallaría en manos de las fuerzas contrarrevolucionarias; el peligro que amenaza a la U. R. S. S. se multiplicaría mil veces.

¿Se desprende de esto que los obreros franceses y de todos los países deban defender esta «última trinchera»? ¿Cómo defenderla?

2.—El «motín del 6 de febrero», con las consecuencias que de él se desprenden, ha sido como un cohete que iluminase súbitamente el cielo de Francia, mostrando su verdadera faz en todos los puntos de su territorio. En este sentido, el «motín del 6 de febrero», previamente organizado por las fuerzas de la reacción (realistas, bonapartistas y grupos fascistas), ha cumplido, puede decirse, una función útil: ha despertado la consciencia y el impulso del pueblo trabajador francés, haciéndole ver en toda su inminencia y gravedad, el grave peligro que le amenaza. Ha sido también una especie de «prueba general» de las fuerzas de reacción y de golpe de Estado. ¿Cuál era el elemento preponderante entre el *pueblo* reunido en la plaza de la Concordia, la noche del 6 de febrero, para el asalto al Palacio del Parlamento? La misma escoria, las mismas heces que se encuentran siempre en la base del fascismo naciente: hijos de burgueses enloquecidos por el pánico, empleadillos de notarios y abogados, elementos de la burguesía y pequeña burguesía *intelectual*, jóvenes estudiantes sin esperanza y sin porvenir, elementos mercenarios reclutados en los bajos fondos de esta *humanidad* corrompida y podrida (apaches, estafadores, etc.), con los cuales defiende el capitalismo su poder económico y político. Una plaga de langosta abyecta y voraz: éste era el *pueblo* movilizado por las *derechas* reaccionarias contra el Parlamento la noche del 6 de febrero. Mas si esta fauna especial de *pueblo* no puede hacer nada útil, puede, en cambio, producir estragos y ruina, como lo demuestra el ejemplo de Italia y el más reciente de Alemania. Si se les dejase las calles y plazuelas, se multiplicarían hasta invadir todo el ambiente social, apestándolo, sembrando la muerte y la destrucción. Se precisa, pues, no limitarse a denunciar la inmunda invasión del 6 de febrero, sino también de purificar el ambiente social al modo como se combate la destructora y voraz langosta cuando invade el campo: por el hierro y por el fuego. No hay otro medio.

A las milicias fascistas y de tipo fascista en formación debe responderse organizando milicias del pueblo trabajador. Así solamente es posible la defensa, haciendo a la vez imposible el golpe de mano de tipo fascista o de tipo bonapartista (policíaco-militar).

La empresa del «6 de febrero»—preparada mucho antes—no prueba que en Francia exista solamente una crisis social y política propicia al desarrollo del fascismo (descrédito y crisis del parlamentarismo; inquietud de las capas medias, de una parte; por la otra, resistencia de las masas obreras y modestos funcionarios para producir mayor cantidad de trabajo con simultánea reducción de salarios y sueldos, etc.), sino que demuestra con evidencia que existen además en Francia *formaciones militares* para la guerra civil, bien disciplinadas, bien armadas, con sus cuadros, dispuestas a marchar unidas a pesar de sus fines todavía diferentes, para destruir las libertades de la clase obrera y del pueblo trabajador. Estas formaciones militares están representadas, principalmente, por los *Camelots du Roi*, las *Croix de Feu* y las *Juventudes Patrióticas*. En Italia, en Alemania, en Austria, se observó en un principio este mismo hecho: la existencia de varias organizaciones militares o semimilitares, preparadas para la guerra civil del capitalismo contra la clase obrera: nacionalistas y fascistas, camisas pardas y camisas negras, cascos de acero (monárquicos) y *nazis*, etc. Por todas partes hemos visto, sin embargo, una estricta colaboración entre las diversas formaciones en su lucha contra la clase obrera, para la eliminación de la democracia y la instauración de la dictadura abierta. En último análisis, los fascistas han tenido siempre preeminencia sobre los demás (nacionalistas, cascos de acero, etc.).

La diversidad de las formaciones militares de la burguesía para la guerra civil contra la clase obrera, aun permitiéndole a ésta explotar los inevitables antagonismos nacientes entre unos y otros, no debe hacerle olvidar que ha de llevar su combate, en el mismo terreno de la fuerza, contra todas estas formaciones conjuntas. En efecto, es en este sentido como se comportaron el 6 de febrero las *Juventudes Patrióticas*, las *Croix de Feu* y los *Camelots du Roi*. No es todavía posible predecir qué forma definitiva adoptará el fascismo en Francia; puede ser una especie de matrimonio de las *Croix de Feu* con los *neos*, tal como la evolución de los Marquets lo hace prever. Es lo posible. En Italia, el fascismo nació de la unión del nacionalismo con el sindicalismo nacional, de los hombres de la derecha ultrarreaccio-

naria con los hombres procedentes de las *izquierdas*; en Alemania, el hitlerismo toma la túnica del nacionalsocialismo. Pero lo cierto, lo que se ve claramente, es que el fascismo tiene ya sus primeras tropas disciplinadas y armadas en Francia. ¡Desgraciados de los obreros franceses si dejan invadir a estas tropas las calles y plazuelas sin oponerles inmediatamente una resistencia organizada, disciplinada, armada. Contra la fuerza armada de los fascistas no se puede ir con las manos vacías y con frases huecas. A la fuerza hay que oponer la fuerza; a las armas, las armas. Esto es lo que todo trabajador de Francia debe decirse, imprimiéndolo bien en su corazón. Las tropas fascistas, inoperantes durante meses y meses, hicieron su primera «prueba general» la noche del 6 de febrero. No han desarmado, sino que, por el contrario, se preparan para nuevos golpes de fuerza. Para prevenirlos y hacerlos fracasar, se precisa que los obreros también se preparen para ello, sin interrupción y sin desfallecimiento.

3.—Después que la «Gironda tardieusista» cedió el Poder a la «izquierda radical»—victoria electoral de mayo de 1932—, no cesó aquélla de conspirar para volver al Poder. Al mismo tiempo, toda la contradicción que encierra la izquierda radical socialista—*pueblo* a un lado, *burguesía* al otro—estalló en forma aguda, determinando eso que llaman las «virrevueltas sucesivas y frecuentes» de los Gabinetes radicales socialistas, oscilantes tan pronto hacia el pueblo o ya hacia la alta burguesía, incapaces siempre de jugar un papel independiente y dirigente, diferente del de la burguesía o de la clase obrera.

El primer Ministerio Herriot se agotó al chocar con la deuda exterior, con el capital yanqui, y más aún bajo los golpes de las grandes dificultades interiores heredadas del Gobierno Tardieu: déficit presupuestario, ruina de las clases medias, crisis campesina, paro, guerra de aduanas y monetaria, inestabilidad del franco, etc. Aunque todos estos problemas interiores—agravados y complicados por la crisis internacional—pasaban a ocupar el primer plano en los Ministerios que sucedieron a Herriot como el día sigue a la noche: sin reposo.

Entre los diferentes Ministerios ensayados por el partido radical socialista, Daladier no tardó en conquistarse el renombre de *fuerte*, de *joven*, de *nuevo*. En el país se manifestaron grandes simpatías hacia él por su tono *enérgico* y su aire de *jacobino*. Se produjeron crisis hasta en el Partido socialista—S. F. I. O.—y en el partido radical. En uno y en otro surgieron grupos de *neo*-socialistas y *neo*-radicales, partidarios de la fuerza y de las medidas enérgicas, ya para poner fin a las agitaciones llevadas a cabo en el país por los aspirantes bonapartistas o fascistas, ya para hacer frente a las dificultades crecientes creadas por la crisis económica, presupuestaria y financiera. A la mística fascista pareció por un instante suceder la mística autoritaria de los *neos*, partidaria de la fuerza contra el fascismo y el bonapartismo renaciente. Pero estos procesos, o bien pasaron desapercibidos, o fueron mal comprendidos, mal apreciados por la clase obrera. En realidad, surgía una atmósfera de golpes de Estado y de guerra civil, creándose en Francia bajo él impulso de los grandes antagonismos de clase y de las fracciones de la burguesía, que se disputa el Poder: la que se apoyaba sobre la «derecha tardieusarde», explota la agitación y el descontento de los contribuyentes y campesinos, organizando tropas de asalto, las *Croix de Feu*, las *Juventudes Patrióticas*, etc., y aquella otra que, apoyándose sobre la izquierda radical, explotaba las tradiciones democráticas republicanas de las masas populares. ¿Quién vencerá?

La experiencia italiana, alemana, austriaca, española, está presente para probar que los burgueses *radicales* son capaces de desatar la guerra civil contra la clase obrera, pero de ninguna forma de llevar una lucha consecuente para desarmar y aplastar las fuerzas de la reacción. En Francia han bastado unas horas solamente para demostrar toda la laxitud e impotencia de los *jacobinos* atrasados que se llaman radicales socialistas o *neos*. El Ministerio Daladier, que pretendía mostrarse *fuerte* con los adversarios de las «libertades democráticas», no soñó en emplear esta fuerza en la reapertura de las Cámaras en otoño de 1933, sino contra los trabajadores del Estado con la rebaja de sueldos y, por consiguiente, debilitando su propia resistencia a las fuerzas de la reacción y de golpe de Estado de derecha. Cayó bajo los golpes de la izquierda sin necesidad de ser desplazado por las derechas. Al abandonar el Poder a Sarraut y Chautemps, éstos, por su debilidad y por los escándalos graves provocados por el asunto Staviski, no hicieron más que llevar de la mano a la agitación antiparlamentaria que desarrollaban las derechas. La campaña para la disolución y revisión de la Constitución, iniciada ya en 1933 en la gran Prensa, se ha intensificado. Los Gobiernos de la izquierda radical, ante la gravedad de los problemas del momento, se manifestaron empavorecidos. El desarrollo de este partido se refleja de modo impresionante en los sucesos que han caracterizado el último Ministerio Daladier. Efectivamente, después de la caída de Chautemps se requirió nuevamente a Daladier, volviendo éste al Poder en los primeros días de febrero, después de haberlo abandonado en el otoño de 1933. Volvió decidido a actuar «rápido y enérgicamente»; pero fué desplazado «rápidamente», y por «la fuerza». ¿Qué había ocurido?

4.—En primer lugar, el nuevo Ministerio Daladier adoptó los colores de Ministerio *nacional*, englobando en él hombres de derecha tomados del equipo Tardieu. En seguida se produjeron bruscos virajes; los ministros de procedencia tardieusista dimitieron, siendo reemplazados por hombres del *cartel*, lo cual hizo oscilar violentamente al Ministerio Daladier de la derecha a extrema izquierda. ¿Causa de este hecho? La destitución del prefecto Chiappe. Mas ¿por qué esta brusca decisión? ¿Por cálculos de «mayoría parlamentaria»? Así lo explican las derechas; pero no se precisa profundizar mucho para comprender que esta explicación es insuficiente. En efecto, si Daladier tan sólo pretendía una mayoría parlamentaria, la hubiese logrado mucho más fácilmente presentándose ante las Cámaras como Gobierno *nacional*, haciendo así lo que Doumergue ha hecho después de él. Pero, entonces, Daladier, es decir, el partido radical, habríase visto, por lo mismo, obligado a capitular ante la *Gironda tardieusista*. Es esto precisamente lo que ha ocurrido; mas no se ha logrado sin cierto forcejeo.

Chiappe—el prefecto de Policía—era ya, en la República, un verdadero *cuarto* poder: de él dependían la orientación y curso que habrían seguido las fuerzas armadas de la Seguridad general en caso de conflicto. Pero, celoso de su carrera y por su persona, Chiappe parecía dispuesto a marchar tanto con Daladier como con Tardieu, y a entrar en la combinación del «Comité de Salud Pública de izquierda» o en la combinación bonapartista de derecha. El juego no podía durar mucho; ni tampoco las vacilaciones e ilusiones de los «conspiradores de izquierda». Estos han tenido que sentir súbitamente, desde el Gobier-

no, la necesidad de desplazar a Chiappe si no querían verse desplazados por él, dejando abandonada la calle a merced de las fuerzas de derecha. En el combate han parecido ambos; pero la tregua se ha hecho en provecho de las fuerzas reaccionarias de la derecha y por la capitulación de los radicales.

La destitución de Chiappe, sin embargo, ha sido un golpe de fuerza con éxito por parte del Ministerio Daladier-Frot; privaba con él a las fuerzas del bonapartismo y del fascismo francés de un sólido apoyo. Pero la fuerza llama a la fuerza. Así, las organizaciones del golpe de Estado reaccionario, al verse privadas de uno de sus puntos de apoyo más potentes, movilizaron contra el Parlamento y contra el Gobierno, aprovechando la indignación existente con motivo del escandaloso asunto Staviski, a las capas sociales bajo su influencia en el motín del 6 de febrero. Esta movilización, rápidamente preparada y ejecutada para restituir a Chiappe a su lugar, es la prueba indirecta y manifiesta de la complicidad de éste en la preparación del golpe de Estado por parte de las derechas. El golpe de mano del 6 de febrero fracasó; pero si no logró reintegrar a Chiappe, pudo, en cambio, derribar el Ministerio Daladier-Frot, a pesar de haber logrado por tres veces la confianza de la mayoría en el Parlamento. Así se abría el camino al bonapartismo, aun cuando la victoria completa quedase aplazada.

5.—En la noche del 6 de febrero, las fuerzas armadas del Estado dispararon sobre las masas movilizadas por los partidos de la reacción contra el Parlamento. El sangriento balance fué bastante triste: una docena de muertos y centenares de heridos. La calle quedó en manos de las fuerzas del Estado; mas a costa de una prueba demasiado dura. Sin embargo, la mayoría del país comprendió y aprobó la conducta del Gobierno, por su energía contra los alborotadores fascistas, bonapartistas y realistas. El pasado no debe renacer; he aquí lo que se decía la mayoría de la clase trabajadora. Pero no era el Gobierno de los radicales—la contradicción hecha carne—el que podía oponerse a las fuerzas desencadenadas de la reacción. Dispuesto, a las cinco de la mañana, a no ceder ante la rebelión de los realistas, fascistas y bonapartistas, el Gobierno Daladier-Frot, atemorizado por las consecuencias de la lucha, dimitía a las dos de la tarde del 7 de febrero, para «evitar una nueva efusión de sangre». Efectivamente, después de dimitir Daladier, se asesinaba a ocho proletarios, con unas centenas más de heridos, en los alrededores de la plaza de la República. Esta era la *tregua* y la *pacificación* que iba a empezar.

Cuanto mayor había sido la aprobación mostrada al Ministerio Daladier-Frot por el verdadero pueblo de París y Francia por sus primeros gestos de energía y coraje (destitución de Chiappe, etc.), tanto mayor fué el desprecio en que cayó por la flojedad y desfallecimiento que le sucedieron.

Batidas momentáneamente en la calle las organizaciones del golpe de fuerza del 6 de febrero, pueden a continuación apuntarse una primera victoria: esgrimiendo los cadáveres de sus partidarios, logran imponer a la Cámara de izquierda un Gobierno extraparlamentario, cuyo espíritu de unión nacional, de tregua y de apaciguamiento, oculta, bastante levemente por cierto, el verdadero carácter de Gobierno *pre-bonapartista*. Tal es el actual Gobierno que preside Doumergue.

6.—El Ministerio Doumergue, llamado después del golpe de mano organizado por los fascistas, bonapartistas y realistas del 6 de febrero, se ha instalado en el Poder en nombre de la tregua, de la unión nacional y de la paz pública. Mas el hecho de que Tardieu y Herriot tengan su asiento en la misma mesa no disminuye en nada la gravedad de las divisiones en que se desgarra el país. Son estas divisiones profundas, irreconciliables, que tienen su origen en los profundos antagonismos de clases. Hay de por medio una sima sangrienta. Ni la clase obrera olvidará sus muertos, ni los fascistas los suyos, ni los guardias móviles sus desaparecidos.

La lucha es ahora más agria y violenta. Con predicaciones sobre la pacificación y tregua se pretende desarmar la vigilancia y arrojo de los trabajadores, para favorecer la preparación de las tropas fascistas. No; no más ilusiones. Recordemos el «pacto de pacificación» de los fascistas italianos en 1921. Esta ilusión costó la muerte de cientos y miles de obreros italianos; costó la destrucción de las Casas del Pueblo, la pérdida de las libertades obreras. No, no hay pacificación posible, no hay tregua posible en tanto que no sean disueltas las organizaciones fascistas, encarcelados sus jefes, confiscadas sus armas y entregadas al pueblo. Por el contrario, la preponderancia del Ministerio de la *tregua* y del *apaciguamiento* se les da a los enemigos de la *paz* del pueblo. No puede hablarse de paz donde se pretende la guerra contra el pueblo, y es ésta precisamente la significación que el Gobierno Doumergue lleva desde su origen: por su propia constitución lleva en sí la declaración de guerra al verdadero pueblo de París y Francia. Bien lo ha comprendido éste, respondiendo como ha respondido el 12 de febrero al llamamiento de huelga general.

Después de la capitulación sin combate del Partido Comunista Alemán ante Hitler, se teorizó sobre esta capitulación protestando que la vanguardia proletaria no podía batirse aislada de las masas. Esto, que, por otra parte, sería reconocer indirectamente y *a posteriori* que en Alemania el P. C., a pesar de todo el griterío estéril de sus jefes, o más exactamente, a causa de esta política chillona y superficial, había quedado aislada de las grandes masas.

Pero el P. C. francés, que incluso la víspera rechazaba toda proposición de compromiso con el C. A. P. de la S. F. I. O. sobre los medios a emplear para una lucha en común, prefirió olvidar todas estas enseñanzas y lanzó el llamamiento para unirse en la calle—plaza de la República—la tarde del 9 de febrero, en contestación a la manifestación fascista del 6, de los *Camelots du Roi*, Juventudes Patrióticas y Cruces de Fuego, con las que, sin embargo, esta misma Central comunista había hecho idiotamente el llamamiento a los obreros para confundirse con ellos en la lucha «contra el Parlamento corrompido», según la consigna de *Action Française* y de *La Liberté*.

A pesar de semejante política, como hecha de propósito para desviar y confundir los espíritus de los trabajadores, éstos respondieron al llamamiento de *L'Humanité* y de la Central Comunista en potente número, probando con ello, no ya la justeza y eficacia de la política stalinista y de *L'Humanité*, sino tan sólo el espíritu combativo y la magnífica voluntad de lucha que anima al proletariado parisién contra el fascismo naciente y contra toda dictadura del sable y policíaca. Durante cinco horas, las bravas tropas de obreros socialistas y comunistas, confederados y unitarios, se hicieron dueños de la calle, en el corazón mismo de París. Ejemplo magnífico, seguido luego por potentes manifestaciones, huelga general del 12 de febrero y las exequias solemnes a los proletarios muertos el día 9. Ejemplos que muestran claramente la oposición flagrante de la es-

túpida política pertinazmente desarrollada por la Central Comunista y sus continuas provocaciones a los obreros socialistas.

Evidentemente, debe criticarse a los jefes socialistas—y hasta duramente—por sus faltas y vacilaciones; pero debe animárseles y apoyarles cuando se baten arma en mano, como lo han hecho en Viena, y cuando juran seguir el mismo ejemplo contra los Dollfuss y los *heimwheren* nacientes en Francia. Idiotas invectivas y chillidos a lo Vaillant-Couturier y congéneres constituyen un real atentado a la unidad de acción, y como tal deben ser condenados enérgicamente.

Se precisa, sí, desenmascarar y criticar a aquellos que obstaculicen esa unidad de acción; pero no a aquellos que la proponen. Pero en Francia es indudable que la C. A. P. ha propuesto a la Central Comunista y a la C. G. T. U. ponerse de acuerdo con ella para los medios de lucha en común, y las Centrales de los P. C. F. y de la C. G. T. U. han respondido a estas proposiciones con invectivas tan inútiles como idiotas. No; esto no tiene nada de común con la política de frente único de Lenin. Sin un cambio inmediato y serio de la política comunista oficial, se corre el riesgo de romper el esfuerzo potente de las masas hacia su unidad de acción. Podrán renovarse los combates en la calle como el 9 de febrero; pero no logrará dárseles una coordinación y salida victoriosa sin crear un verdadero frente de combate de todas las organizaciones políticas y sindicales de la clase obrera.

La unidad de acción, para ser eficaz, no debe abandonársela a la espontaneidad de las masas, al modo como se hizo la tarde del 9 de febrero y en las manifestaciones que le sucedieron, sino que, por el contrario, debe ser organizada. Pero esto exige acuerdos precisos y concretos entre las diversas organizaciones proletarias y antifascistas.

7.—El llamamiento a la huelga general lanzado por la C. G. T. y sostenido por la C. G. T. U., partido socialista (S. F. I. O.), Partido Comunista y todas las organizaciones obreras, inmovilizó durante veinticuatro horas los centros vitales de París y de la Provenza. Fué ésta una magnífica respuesta de los trabajadores a quienes pretendían, en nombre del pueblo, aprovecharse de su descuido para su golpe de mano reaccionario. Hecho significativo: el pequeño comercio en general, artesanos y pequeños productores, se solidarizaron con los obreros. Hecho tanto más significativo cuanto que es precisamente en nombre de estas gentes en el que el fascismo y los reaccionarios se apoyan. El pueblo francés, el viejo pueblo revolucionario francés, ha manifestado unánime y compacto su odio por todos los esclavistas. Advertencia sublime, ciertamente; mas, ¿para quién: para los burgueses, para los esclavistas? Bien cierto es que, fuera los burgueses y las organizaciones fascistas, la huelga del 12 de febrero ha constituído una advertencia altamente significativa; mas no para detenerlos en sus designios, sino, al contrario, para moverlos a intensificar y perfeccionar sus planes de ataque y destrucción. La demostración de la potencia obrera no hará sino reforzar en los partidos reaccionarios la convicción de que hay que acabar con todas las organizaciones proletarias.

No nos engañemos sobre esto. A continuación de la jornada del 12 de febrero comenzaron las provocaciones para desmoralizar y disgregar las filas obreras (cierres de fábricas, arrestos, expulsiones, etcétera). Se utilizarán todas las armas para debilitar y romper la resistencia obrera. Sí, el fascismo no progresará mientras la clase obrera esté presente, unida, presta a la lucha. Sin embargo, se recurre precisamente al fascismo para gastar, disgregar y desmoralizar las filas obreras, condiciones que permitirían su fácil instalación en el poder. Para impedir esto es preciso evitar fatigarlo estérilmente, es preciso reforzarlo, soldar sus filas íntimamente mediante una lucha tenaz, consecuente, justa.

La enseñanza de la huelga general del 12 es, por lo tanto, un aviso que deben escuchar los partidos y organizaciones representantes de la clase obrera y que proclaman su deseo de barrer al fascismo.

8.—No confiamos en la dirección de Jouhaux y Compañía; no puede merecernos confianza esta dirección en cuanto a capacidad y justeza política para batir al fascismo. No obstante, la C. G. T., en Francia, es la única fuerza tras la cual están dispuestos a marchar la mayoría de los trabajadores franceses (de la industria, del Estado y del campo). Esto se ha visto claramente en la jornada del 12 de febrero. Es, pues, un deber primordial no dejar esta fuerza potente a manos sólo de los Jouhaux y Compañía. Esto, en el período presente de lucha, sería el mayor crimen frente a la clase obrera. La C. G. T. U. no ha podido hacer más que ponerse a remolque de la C. G. T. Muy otro hubiese sido el resultado de la huelga si su iniciativa hubiese provenido de una Central sindical única, con una participación directa de la corriente revolucionaria trabajando en el interior de la misma C. G. T. Hay que ganar ahora el tiempo perdido. La C. G. T. U. no puede reemplazar en su función al partido de la clase obrera; reduciéndose entonces a ser un doble del Partido Comunista, no podría de ningún modo convertirse en centro de unificación de los trabajadores en el seno de los sindicatos. La única concepción justa es la de la libre concurrencia en el seno de los sindicatos únicos de todas las corrientes ideológicas existentes en el seno de la clase obrera para la conquista de la mayoría. Respeto y derecho de expresión de la minoría: he aquí lo que los obreros revolucionarios deben pretender en el interior de la C. G. T. Reintegrar la C. G. T., crear potentes sindicatos únicos de clase en toda Francia: he aquí un deber de la hora presente. Actuar en el interior de la C. G. T. *única* para que por sí se dé un verdadero programa de lucha contra el despotismo del capital, contra la amenaza del bonapartismo y fascismo.

Le Peuple, de Jouhaux, ha declarado que para hacer imposible el fascismo en Francia la *defensiva* sería por sí sola estéril; preconiza que la clase obrera ha de organizar su *ofensiva*. Por tanto, debemos poner a prueba a estas gentes. Los obreros los juzgarán por sus hechos. Mas para poner a prueba a estas gentes se precisa estar en la C. G. T. Se demostrará a los obreros lo que valen sus promesas, pero al mismo tiempo impedirá que los sindicatos se disgreguen, que la clase obrera sea víctima de la traición. La minoría revolucionaria organizada en la C. G. T. conquistará la confianza de los obreros por su espíritu de abnegación, por su claridad, por su valor; reemplazará sin solución de continuidad la dirección desfallecida y así podrá asegurar la victoria de los obreros.

9.—Aquellos que creían que la S. F. I. O. se descompondría rápidamente a causa de la escisión de los «neos» de derecha y de la división de los elementos de extrema izquierda; aquellos que—más aún—creían acabado el papel de la S. F. I. O. en Francia a causa de su disgregación interna, no han hecho sino confundir sus deseos con la realidad. Efectivamente, la salida de los «neos» ha terminado miserablemente con la colaboración de éstos en el Gobierno Doumergue.

Toda la energía de los jóvenes «deatistas» no ha logrado sino un «marroquín» para Marquet en el Ministerio *prebonapartista*. Están ya definitivamente liquidados en la conciencia de los obreros franceses. Su salida no hace más que reforzar las posiciones de Blum-Faure, que se ven empujados hacia la izquierda. La dirección centro-izquierda actual de la S. F. I. O. es muy inestable, sometida a la presión que se ejerce sobre ella por la burguesía y el proletariado. El deber del partido revolucionario de la clase obrera es saber aprovechar todas las oscilaciones para empujar adelante a los obreros socialistas por la vía de la lucha revolucionaria. En la actualidad, la S. F. I. O.—sostenida y apoyada por la C. G. T.—es el partido más fuerte de la clase obrera francesa. No se puede prescindir de él en la lucha contra el fascismo. En tanto que la mayoría de los obreros siga a la S. F. I. O., el partido del proletariado revolucionario debe contar con ella, aplicar respecto a ella una política de acuerdos, de apoyo y de unión.

La tragedia presente del proletariado consiste en el hecho de que le falta—nacional e internacionalmente—un verdadero guía revolucionario: su auténtico partido de clase. Los Partidos Comunistas fueron creados para cumplir esta función. Por desgracia, su evolución—por la fuerza de circunstancias bien determinadas—no ha cumplido la misión para la que fué creado: liberar a las masas de la tutela social-reformista; ligarlas íntimamente para conducirlas al asalto de los regímenes capitalistas; extender la revolución, victoriosa en Rusia, a todos los demás países del mundo. Los Partidos Comunistas, en vez de cumplir estas tareas, se han mostrado, por su política, sobre todo en los últimos años, como una fuerza que obstaculiza el desarrollo de la revolución. Al descuidar, al olvidar los principios fundamentales del Comunismo, sobre los que habían sido fundados; al sustituir estos principios, que imponen ante todo tener en cuenta las fuerzas reales y las relaciones reales de las clases para actuar sobre ellas modificándolas más y más a favor de la clase obrera; en una palabra, al subordinar los intereses del proletariado en cada país e internacionalmente a los intereses contingentes y particularistas de la dirección burocrática de la fracción stalinista, orientada, como ella misma declaraba hace poco, con ocasión del XVII Congreso del P. C. R., «hacia la U. R. S. S. y hacia la U. R. S. S. solamente», esto es, hacia la teoría del «socialismo en un solo país», lo que está en contradicción flagrante con la concepción internacionalista proletaria de Marx y de Lenin, los Partidos Comunistas de Europa, sometidos a los más bruscos virajes y las rudezas de una dirección burocrática que se eleva por encima de las masas, han terminado por desacreditarse y hasta desacreditar la idea misma del Comunismo. La reciente capitulación del P. C. alemán no ha hecho sino reforzar la desconfianza de los obreros hacia los P. C. Por el contrario, la resistencia armada que los obreros socialdemócratas de Austria han opuesto a los *heimwehren* y a los grupos bonapartistas de Dollfuss ha contribuído a contrabalancear la laxitud y traición de los jefes socialdemócratas alemanes.

Es preciso hablar claro: en Francia también el mayor peligro para la clase obrera proviene de la política del P. C., de la política de los Cachin, de los Vaillant-Couturier, de los Thorez, de los Marty y congéneres. Estas gentes no han aprendido nada de la lección alemana. Explotan la tradición creada en la clase obrera por la Revolución de Octubre y la I. C. de los primeros años. Estas gentes arrastran aún la parte mejor de la clase obrera revolucionaria. Pero, ¿dónde la llevan? He aquí el problema, he aquí su crimen. Recordemos el desenlace alemán, recordemos lo que ocurrió aquí mismo, en Francia, en la época de Sacco y Vanzetti. Las bravatas irresponsables a lo Vaillant-Couturier se convierten en la época Sacco y Vanzetti en los capituladores del mañana, dejándoles abierta la puerta a los Chiappe, a la reacción. Recordemos estas lecciones para comprender que las gentes de *L'Humanité*—si se las dejase hacer y continuar—no prepararán a la clase obrera francesa cosa mejor que lo que dieron después de Sacco y Vanzetti, de lo que particularmente ha dado la dirección Thaelman en Alemania, con su política de histerismo revolucionario.

Hacen la misma política que Thaelman desarrolló en Alemania cuando invitan a los obreros comunistas a confundirse con los *camelots du roi*, las Juventudes patrióticas y las *croix de feu*, como ocurrió la noche del 6 de febrero. Hacen la misma política que Thaelman en Alemania cuando se asocian a León Daudet, a *La Liberté* y a todos los perros rabiosos de la reacción para pedir el encarcelamiento del «asesino Frot». Hacen la misma política que Thaelman hizo en Alemania, cuando se asocian a León Daudet, a *La Liberté*, etcétera, para derribar la «Cámara izquierdista», para acabar con el Parlamento. Hacen la misma desgraciada política que se hizo en Alemania cuando se mete en un mismo saco a demócratas y fascistas, demócratas y bonapartistas, cuando se muestran indiferentes a la lucha entre la democracia y el fascismo. Es la misma política catastrófica que se siguió en Alemania cuando se rehusó la proposición hecha por la S. F. I. O. para establecer acuerdos y una base de acción común, cuando se reincide nuevamente en todas las idioteces de los falsos teóricos del P. C. alemán sobre el frente único por abajo y no por arriba. Y así sucesivamente.

No; esta política conducirá, sí, a aventuras coronadas por terribles derrotas, pero no a la victoria sobre el fascismo. Lo que precisa la clase obrera es una política reflexiva, seria, verdaderamente revolucionaria. El P. C. francés, prisionero de fórmulas periclitadas, privado interiormente de todo espíritu crítico proletario, dirigido por hombres encadenados a un sistema de errores nefastos, no podrá hacer más que derrochar el caudal de energía revolucionaria de los obreros agrupados en derredor de la bandera comunista. Hay que llegar a toda costa a estos obreros para canalizar su energía revolucionaria en la vía de la victoria sobre el fascismo, y no será esto posible si no es haciendo posible la conjunción de los obreros comunistas y de los obreros socialistas para operar juntos en la lucha contra los enemigos de la clase obrera. Esta es la primordial labor de la Liga Comunista Internacionalista (bolcheviques-leninistas).

10.—A pesar de la debilidad numérica de la Liga Comunista Internacionalista en Francia se le abre una perspectiva de luchas y posibilidades inmensas. Portadora de las experiencias revolucionarias de los bolcheviques-leninistas, la Liga Comunista francesa puede y debe llenar un papel de primer orden en la presente situación del proletariado francés: *a*) demostrando una clara apreciación de la situación y sus perspectivas; *b*) indicando una política justa y tomando la iniciativa para su aplicación.

A medida que los obreros—socialistas y comunistas—puedan verificar y asimilarse la política de los bolcheviques-leninistas, la *idea* del nuevo partido proletario hallará en la lucha una base y una fuerza real que le daría forma concreta. Con vista a esta labor, la Liga Comunista no debe cesar de dirigirse a los obreros socialistas y co-

munistas, criticando los errores de sus direcciones y sosteniendo las iniciativas convergentes con la política de los bolcheviques-leninistas.

11.—El Gobierno Doumergue, el Gobierno prebonapartista, se ha instalado en el poder y en él está actualmente. La democracia ha perdido una de sus posiciones. No hay que olvidarlo: la reacción, las fuerzas bonapartistas y fascistas han puesto en el poder a sus hombres de confianza. Después de la huelga general debió exigirse enérgicamente el cese de este Gobierno extraparlamentario, llamado por el motín del 6 de febrero. Se precisaba darle la batalla, expulsarle a toda costa, haciendo un nuevo llamamiento a los obreros si hacía falta. Los socialistas debieron reclamar para ellos el poder. Así es como habían expresado su voluntad los trabajadores por la huelga del 12 de febrero. Doumergue debía ser desplazado por la fuerza si era preciso. Los trabajadores habrían respondido como respondieron el 12 de febrero.

Si se denegaba el poder a los socialistas—como el pueblo lo quería el 12 de febrero—, los socialistas debieron separarse de los bonapartistas, fascistas y radicales capituladores; reunirse fuera del Parlamento y proclamar su fracaso; constituirse en Asamblea del pueblo en sesión permanente, hacer un llamamiento al país en pro de un nuevo Parlamento, liberado de fascistas, de bonapartistas, de capituladores.

Cierto que semejante línea de conducta exigiría un espíritu de decisión, una ardiente voluntad de lucha, una concepción revolucionaria de la democracia. Pero el juego del viejo parlamentarismo se agotó hace ya tiempo. Hoy ya no se defienden las prerrogativas de la representación popular si no es por la fuerza. Todos los problemas se resuelven hoy por la fuerza. No se puede retroceder en la lucha —como, por ejemplo, hicieron durante años los socialistas austriacos—sin que al fin quede persistente el mismo dilema: *la lucha o la esclavitud*. Por lo tanto, hay que evitar el error cometido en Alemania, o bien en Austria: al retroceder en la lucha, el enemigo aprovechará su tiempo para fortificarse y oponerse más potente a los obreros. Es lo que hará el Gobierno Doumergue, y tras él lo harán todos los enemigos de la clase obrera.

La reacción, que hasta ayer reclamaba a voz en grito la *disolución*, desde que ha adquirido una posición ventajosa en el gobierno tratará de explotar esta situación antes que llegue esa disolución; procurará, antes de nada y por todos los medios, debilitar a sus adversarios y, en primer lugar, a la clase obrera. Se harán las nuevas elecciones en una atmósfera de guerra civil y de terror—nuevo paso en la vía del bonapartismo en Francia—, o para consagrar el golpe bonapartista si éste se produjese antes. La nueva Cámara no será más gobernable que la actual. Así, el problema hoy aplazado se planteará de nuevo: ¿se aceptará la dictadura de un gobierno bonapartista si los socialistas, como es previsible, sobre todo si el sistema electoral no se modifica, vuelven a la Cámara en número insuficiente para reclamar el poder según el juego de mayoría y minoría parlamentaria? Esto sería un nuevo error fatal.

La defensa de la democracia es hoy un problema de fuerza y de clase; un problema—es un decir—cuya solución reside fuera del Parlamento, en la lucha extraparlamentaria de las masas laboriosas. Triunfará el que sea más fuerte.

Pedir la disolución inmediata de la Cámara, hacer un nuevo llamamiento al país, significaría ante todo exigir un máximum de garantías que permitiesen al país pronunciarse: ha de lucharse, pues,

por la proporcionalidad integral; *por la extensión del sufragio a ambos sexos a partir de los dieciocho años*; *por el derecho de voto a marinos y soldados*. Debe, por tanto, exigirse simultáneamente la *reforma electoral y la disolución*.

Mas no podemos confiar, para hacer respetar las libertades y derechos del pueblo, ni a la fuerza armada del Estado, ni a su justicia, ni a sus hombres de gobierno. Se precisa, pues, que el pueblo trabajador organice sin descanso: *a*) las milicias de defensa; *b*) sus Comités de seguridad y de vigilancia en cada ciudad, en cada villa, en cada pueblo. Estos Comités de seguridad y vigilancia estarán constituídos por los *Comités de alianza obrera*.

12.—Todas las organizaciones políticas, sindicales y culturales representantes de la clase trabajadora deben reunirse y establecer entre ellas un «pacto de alianza» para la lucha contra el fascismo y su total liquidación. Lanzaríase inmediatamente un llamamiento a todos los trabajadores de Francia, a fin de que constituyesen por todas partes «Comités de alianza obrera» de base y funcionamiento totalmente democráticos. Cada 100 obreros designarían un delegado a este Comité. Todas las tendencias tendrían así el derecho de estar representadas y de defender sus puntos de vista. Deberían organizarse Congresos regionales y un Congreso nacional de los «Comités de alianza obrera», rápidamente, para designar los organismos dirigentes regulares.

A la par que se procede en toda Francia a la organización de los «Comités de alianza obrera», que tendrían como función la de asegurar las libertades y derechos de la clase obrera, debería procederse a la formación de las *milicias populares*, que tendrían asimismo una base y funcionamiento democrático. Los cuadros serán elegidos y revocables por la base. Es deber primordial poner manos a la obra inmediatamente, sin reposo, antes de que el enemigo se nos adelante.

13.—Para todo proletario que haya comprendido el sentido histórico de nuestra época, es evidente que la lucha está planteada entre la *dictadura revolucionaria de los trabajadores y la dictadura reaccionaria del capital*, comunismo y fascismo. Pero este dilema no es todavía el dilema que se plantean todos los trabajadores. El dilema que todo trabajador se plantea, y asimismo millones de campesinos, pequeños productores, etc., es éste: *¿república democrática o fascismo?* Se trata, pues, de probar a la luz de la experiencia que la defensa de la república democrática no es posible en la actualidad si no es sobrepasando los cuadros de la democracia tradicional; colocándose en el terreno de la lucha revolucionaria y socialista. A este fin, la consigna central para este período debe ser: *que los socialistas tomen el poder*; disolución de las organizaciones fascistas y realistas; democratización completa del Estado y de los cuerpos armados; concentración de los poderes ejecutivo y legislativo en una sola Cámara, siendo cada uno de sus miembros elegible y revocable por sus electores; impuesto fuertemente progresivo sobre las grandes fortunas de más de un millón; desgravación fiscal para las clases modestas; supresión de impuestos y alquileres por tres años a los pequeños comerciantes, pequeños industriales, artesanos; política de crédito barato a los campesinos; por la semana de cuarenta horas, mejora de los salarios y seguro a los parados; por el control obrero en los Bancos y en la producción; por la nacionalización de las minas y jubilación a los mineros; por los auxilios a todas las familias de las víctimas de la reacción capitalista; por la libre disposición de los pueblos coloniales; por la igualdad de derechos a todos los tra-

bajadores franceses, emigrados y coloniales; por una política internacional de colaboración con la U. R. S. S. y el proletariado de los demás países. Lo esencial es dar a esta lucha una dirección revolucionaria y proletaria; porque sin ella no habría posibilidad de salir adelante.

Los proletarios de todos los países deben prestar a los obreros franceses una solidaridad activa en su lucha contra el fascismo. Más que nunca la lucha contra el fascismo es hoy una lucha internacional.

En particular, es de urgente necesidad coordinar la lucha en común con los proletariados español, belga, suizo, inglés. Igual peligro fascista y bonapartista pesa sobre los trabajadores de Bélgica y España.

La lucha en común de los trabajadores de estos países por gobiernos socialistas puede ser uno de los puntos de arranque para un verdadero rescate internacional y del proletariado europeo ante todo.

La Liga Comunista Internacionalista debe desplegar todo su esfuerzo para imprimir al movimiento esta dirección, en la que todavía hoy existe para la clase obrera la posibilidad de salir de su estancamiento y entrar nuevamente en la amplia senda de la revolución mundial.

FEROCI.

Leed las siguientes obras de León Trotsky:

***Y ahora*, 1,50 pesetas.**

***La única salida de la situación alemana*, 2 pesetas.**

***Señal de alarma*, 0,50 pesetas.**

***La Economía soviética en peligro*, 2 pesetas.**

***La Revolución española*, una peseta.**

***La IV Internacional y la U. R. S. S.*, 0,40 pesetas.**

***El último plato picante del cocinero Stalin*, 0,20 pesetas.**

(Todos los pedidos a: COMUNISMO. Apartado 9.034, Madrid.)

La crisis mundial y la situación de la Unión Soviética

A pesar de la abundante literatura que gira en torno a la U. R. S. S., reina con respecto a los problemas específicos de la economía y del Estado soviético una gran confusión. Desde el triunfo de la Revolución de Octubre bastante se ha progresado en el conocimiento de las cuestiones soviéticas. Aquella mística literatura de los viajeros de los primeros años; aquellas malhumoradas sandeces de los economistas sobre la experiencia socialista de la U. R. S. S. están, en gran parte, superadas. Hoy, entre los economistas burgueses se pueden encontrar estudios más o menos adversos, pero, en general, bien enfocados, documentados e interesantes sobre la economía soviética. En cambio, la copiosísima literatura oficial, demasiado preocupada de la propaganda, es hasta tal punto embrollada y confusa que el descifrar la realidad a través de ella es casi una labor de especialistas. Se debiera crear un cuerpo especial de interpretadores de publicaciones soviéticas. La verdad es que, al revés de los primeros tiempos de la Revolución, las publicaciones burguesas son más claras y ofrecen mayores garantías de objetividad que las soviéticas. La necesidad de ajustar la realidad a dos o tres esquemas previos —«el triunfo creciente de la U. R. S. S. y la descomposición creciente del capitalismo», «la política justa de la dirección», la necesidad de que siempre quede demostrado que todos los objetivos propuestos se han alcanzado «en lo fundamental» o «en líneas generales», etc., etc.—, obligan a retorcer los hechos con tal violencia que el simple curioso sale de la lectura de la producción oficial completamente ayuno; el simpatizante o el fanático, que van a buscar en la información argumentos para robustecer su posición política, salen en posesión de un sistema de mitos y de un barullo de cifras, pero no con un conjunto de nociones claras y exactas.

El balance del plan quinquenal está todavía por hacer. Pasa la hora de la trepidante—ensordecedora—literatura de propaganda y llega el del estudio serio de los hechos consumados, de su significación, de su alcance. Aun reconociendo la imposibilidad actual, dada la obscuridad de las fuentes, de hacer un estudio completo de la situación de la U. R. S. S., se puede y se debe ahondar en el desarrollo de las posiciones críticas, confirmadas por evolución de la economía soviética. Estas posiciones no son patrimonio exclusivo de ninguna tendencia. Las encontramos en retazos o en forma de aciertos parciales en enemigos declarados o disimulados del socialismo. Entre las mismas tendencias comunistas de oposición, divergentes en su programa político, es fácil que coincidan sobre las cuestiones económicas de la U. R. S. S., aunque en su mayor parte no tengan a este respecto un programa completo.

Desde luego, una de las teorías o versiones—ya que es muy dudoso que se le pueda llamar teoría a eso—más inaceptables es la oficial, que tiene por principio el señalar los éxitos extraordinarios

e ininterrumpidos de la edificación socialista, hasta el punto de que a la terminación del segundo plan quinquenal, es decir, dentro de un par de años, habrá triunfado íntegramente el socialismo en la Unión Soviética, habiendo desaparecido las clases y los vestigios de la desigualdad social. El régimen imperante en la U. R. S. S. dista mucho del socialismo y, además, no se puede afirmar que camine en ese sentido. Si bien es cierto que la propiedad privada, los medios privados de producción y de cambio están en desaparición progresiva, el desarrollo simultáneo, pero en proporciones monstruosas, del estatismo ha despojado a la clase obrera de todos—absolutamente de todos—los derechos políticos y de todo control de la economía. La riqueza está socializada, o, mejor dicho, estatizada; pero al mismo tiempo ha ido escapando con el Estado del control social. Directamente ligada al Estado aparece una espesa y poderosa burocracia, asentada en el principio jerárquico que en todos sus aspectos—sea en la fábrica o en el soviet—y en todas sus escalas—desde el comisario al más humilde delegado—no es responsable ante la clase trabajadora ni depende de ella para nada. No se puede hablar en tal caso de una evolución de la U. R. S. S. hacia el socialismo, que no ha de consistir sólo en la socialización de la riqueza, sino que esto ha de ir aparejado con la democratización, «la socialización» de la gestión política y económica. Ambos procesos son divergentes en la U. R. S. S. y hacen imposible en este momento toda predicción respecto a su porvenir. El porvenir de la U. R. S. S. está indeciso. El anquilosamiento estatal lo mismo puede conducir a una restauración del capitalismo, que puede ser superado—por qué medios no lo sabemos—, lo cual sería un paso enorme por la vía del socialismo dada la organización de la economía del país. Pero hoy, si bien no se puede cantar el «triunfo del socialismo en la U. R. S. S.» a la manera oficial, tampoco se pueden hacer profecías en otro sentido. Nuestro propósito es esclarecer el estado de los problemas fundamentales de la Unión Soviética, particularmente en el terreno económico.

El documento básico del XVII Congreso del Partido Comunista ruso, celebrado en el mes de enero, ha sido el informe de Stalin. El Congreso no era más que un acto espectacular destinado a sancionar y aplaudir lo que se le pusiese delante, y no un Congreso deliberativo con voluntad propia. Las reseñas del Congreso citan con mucho orgullo, para dar idea de su carácter popular y democrático—«de masas»—, que la «mitad, aproximadamente, de los delegados intervenían por primera vez en un Congreso del Partido». Decir esto basta para comprender lo que el Congreso sería: ¿siendo la mitad gente nueva sin experiencia, sin conocimiento de los problemas tanto de política general como de los problemas interiores del Partido, qué opinión iba a tener? Su misión era aplaudir a gentes que no eran precisamente nuevas: Stalin, Molotov, Kalinin, Litvinof, etc. Con frecuencia sucede que allí donde pretende la burocracia aportar el testimonio del carácter «democrático» y «proletario» de sí, halla la prueba de todo lo contrario. Cuando la Prensa soviética nos muestra, por ejemplo, fotografías de obreros recién ingresados en el Partido, «que llevan treinta años en una fábrica», quiere dar la impresión con «obreros puros de fábrica» (algo así como mantecadas de Astorga o auténtico bacalao de Escocia), del carácter cada vez más netamente obrero del Partido. Pero lo justo es suponer que los obreros que han llevado veinte o treinta años en una fábrica deben tener, en general, una conciencia de clase muy baja, porque si se hubieran significado estarían sometidos a frecuentes persecuciones y despidos. Seguramente se trata en su mayor parte de esquiroles o elementos taimados antes de la Revolución y que ahora siguen adulando a los poderosos. Pero dejemonos de consideraciones sobre el Congreso, ya ampliamente hechas por otros camaradas en esta Revista, y pasemos al informe de Stalin.

Se pretende destacar, en primer lugar, que en el tiempo transcurrido desde la celebración del Congreso anterior, «mientras la industria de los países capitalistas ha reducido su producción en un 25 por 100 con relación al nivel de 1929, la U. R. S. S. lo ha duplicado, y aun más». Para ilustrar el hecho se cita un cuadro estadístico que da los índices de producción de varios países en 1933 con relación a la producción de 1929. Las cifras son las siguientes: U. R. S. S., 201,6; Estados Unidos, 64,9; Inglaterra, 86,1; Alemania, 66,8; Francia, 74,4. «Este cuadro, según Stalin, habla por sí mismo.» En efecto, aparece que la U. R. S. S. ha duplicado su producción, mientras en los Estados Unidos y en Alemania ha descendido casi a la mitad.

Después de examinar los progresos de la U. R. S. S. en un plazo más largo, con relación al nivel de anteguerra, a 1912 y las cifras que resultan, no son menos elocuentes. Nos abstenemos de reproducirlas por no agobiar al lector. Pero la consecuencia que saca Stalin es que «la producción de mercancías de la industria británica y alemana no ha alcanzado aún el nivel de antes de la guerra, en tanto que los Estados Unidos y Francia lo han sobrepasado en algunas centésimas; la Unión Soviética, por el contrario, ha aumentado su producción industrial en más de un 290 por 100 con relación a la de antes de la guerra».

De aquí, desde luego—tampoco parece que Stalin lo pretenda—, no se puede sacar ninguna consecuencia sobre el nivel industrial de la U. R. S. S. en relación con el nivel de los países capitalistas, pues sería una trapisonda estadística establecer la comparación entre la producción industrial de la U. R. S. S., cuya industria trabaja a pleno rendimiento, y la de los países capitalistas, que a consecuencia de la crisis tienen gran parte de su industria parada.

La consecuencia es otra: que mientras en la Unión Soviética la industria prospera, la producción asciende todos los años, en los países capitalistas la crisis aumenta de día en día sus estragos, reduciéndose la producción y extendiéndose el paro. Pero, bien mirado, este contraste no permite sacar ninguna consecuencia ni en favor ni en contra del sistema socialista en cuanto a su capacidad para evadirse de los efectos de la crisis. La comparación es enteramente inocua y sólo sirve para los efectos publicitarios de relumbrón.

El problema, justamente examinado con un criterio socialista, sería el siguiente: los países capitalistas padecen una crisis de sobreproducción, es decir, que habiendo superado sus fuerzas productivas la capacidad adquisitiva del mercado, surge la crisis y el paro de grandes masas. Si ante el mismo problema, esto es, en posesión de un mercado desbordante de productos, hubiera conseguido la Unión Soviética conjurar la crisis reduciendo las horas de jornada y aumentando la capacidad adquisitiva de las masas, entonces podríamos decir con plena razón que mientras en los países capitalistas se extiende la crisis, el Estado socialista logra evitarla a causa de la superioridad del sistema. Pero éste no es el caso. Las condiciones son por completo distintas, justamente antagónicas. En los pai-

ses capitalistas sobra de todo: sobra maquinaria, vestido, cereales. De ahí el paro. En la Unión Soviética falta de todo; falta maquinaria, faltan vestidos, falta petróleo y faltan cereales, que hay que exportarlos para la industrialización. Estamos ante otra crisis de signo contrario. Todos los mercados están sobresaturados, menos el de la Unión Soviética, donde escasean todos los productos. A la industria soviética le sobran esferas de aplicación para sus productos, sean instrumentos de producción, como la maquinaria, o artículos de uso inmediato, como ropas, calzados, etc. Por otra parte, los recursos de que dispone el país y que puede exportar no le permiten tampoco abastecer con productos traídos del extranjero el mercado que la industria nacional no abastece. En realidad, la Unión Soviética no se ha librado de la crisis económica. Unicamente se ha librado de la crisis de sobreproducción. Pero la crisis capitalista ha acentuado la gravedad de la suya propia, la de escasez de productos.

La Unión Soviética, desde su nacimiento, ha tenido que defenderse del mundo capitalista mediante el monopolio del comercio exterior. En Rusia no entran ni salen más productos que los que quiere el Estado. Esta medida ha sido necesaria. Pero lo ha sido a causa de la inferioridad técnica de Rusia, de su incapacidad para competir con los productos de los países capitalistas, más baratos y mejores, así como la incapacidad para suministrar con la industria nacional toda la cantidad de productos que reclama su mercado. Nos escandalizamos de la guerra aduanera, del proteccionismo de los países capitalistas a causa de la crisis. Ahora bien, el atraso económico ha obligado a la U. R. S. S. a superar en esto a todos los países. Los aranceles más altos no le hubieran bastado para defender su industria de la invasión de los productos extranjeros y ha resuelto el problema cerrando sencillamente las fronteras y regulando el tráfico comercial. Si en lugar de la atrasada Rusia se hubiera tratado de un país más avanzado, de Norteamérica, por ejemplo, es más que posible, es seguro que se hubiera tenido que recurrir también a medidas semejantes en la entrada y salida de productos, a fin de asegurar el buen funcionamiento y regulación de su economía. Pero no tendría el carácter rígido y las mismas consecuencias para la población que tiene en la U. R. S. S., pues la industria nacional se bastaría para producir, en la mayoría de los casos, productos más baratos y mejores que el extranjero. Posiblemente se podría dejar en libertad casi completa a cada establecimiento del Estado para hacer pedidos del exterior, regulando su entrada con aranceles. Pero el monopolio del comercio exterior, al cual debe su existencia la Unión Soviética, es prácticamente—no hay que idealizar la miseria—un sistema de bloqueo a que está sometida la población. La protección de la industria nacional, la defensa de la Revolución en un país atrasado ha obligado a someter el mercado interior a estas privaciones forzosas. Ningún Gobierno comunista se podría librar de este hecho en sí. En este punto sólo hay una exigencia que hacer: que la pobreza o la escasez de recursos del país, bien administrado con arreglo a los métodos socialistas, hubieran asegurado un nivel medio de vida en que, por lo menos, estuvieran bien cubiertas las necesidades fundamentales de vivienda, comida y vestido. Este sería, rigurosamente hablando, el único criterio socialista. Si la U. R. S. S. pudiese decir: mientras en los países capitalistas, sobrando recursos, se extiende el paro y el hambre, la Unión Soviética, con recursos menores de producción y sin poder compararse a este respecto con los grandes países capitalistas, mantiene a su población en un nivel de vida más

equitativo, relativamente cómodo, al mismo tiempo que se mejora de comodidad en la medida que crecen sus recursos económicos. Así se reflejaría la superioridad de un sistema sobre otro. El mero contraste entre unos índices de producción que disminuyen en los países capitalistas y aumentan en la U. R. S. S. nada significan, porque estamos ante dos mercados distintos: uno, sobresaturado de productos que tiene que detener sus fuerzas productivas, y otro, con una penuria espantosa que pone a pleno rendimiento sus medios de producción. Lo criminal es que a los quince años de revolución hay una crisis terrible de vivienda y hay que formar cola para adquirir el pan, la carne, la manteca, y los productos que hay que adquirir en el mercado libre, fuera de los establecimientos del Estado, están a precios inaccesibles para el trabajador.

La relación justa entre la situación de la U. R. S. S. y la crisis mundial la establecen estos dos hechos a que nos referimos: el desbordamiento de las fuerzas productivas de la última y la insuficiencia de éstas en la U. R. S. S., originan ambos factores de la miseria de las masas. Pero esta relación demuestra que la persistencia de la crisis capitalista agrava la crisis soviética, y no como pretende establecer la versión oficial, que mientras se agrava la crisis capitalista mejora la situación de la U. R. S. S. Los planes de industrialización no están destinados a crear medios de consumo inmediato, sino medios de producción. Para crear éstos hay que apoyarse precisamente en los recursos naturales del país, en los artículos de consumo inmediato. Así se venden, por ejemplo, cereales para comprar tractores y maquinaria agrícola. Pero la desproporción entre los recursos de que se dispone y la edificación industrial es tan grande que la crisis mundial deja cada vez más hueca, exhausta, la economía soviética. La tremenda crisis económica de la U. R. S. S., mayor que la de cualquier país capitalista europeo o americano, procede precisamente de lo que ha habido que forzar las exportaciones para satisfacer las cifras del plan quinquenal. La causa principal de la exportación forzada es la baja de precios de los productos en el mercado mundial, que obliga a exportar más para reunir fondos. El Gobierno soviético, en lugar de reducir conscientemente las proporciones del plan, ha preferido apurar las exportaciones; y si aun así no ha conseguido realizar los objetivos del plan ha llevado, de todos modos, los sacrificios del país hasta el colmo. Las cifras del comercio exterior de la U. R. S. S. desde el comienzo de la industrialización son, a este respecto, elocuentes. El lector nos permitirá que las citemos.

Las exportaciones desde el año 1928 y comienzo del plan quinquenal, hasta 1931, son, en millones de toneladas y en millones de rublos:

	Millones de toneladas	Millones de rublos
1928	12,6	887,6
1929	14,0	923,7
1930	21,4	1.036,4
1931	21,7	811,2

Son elocuentes estas cifras. En el año 1931, en plena crisis capitalista, se exporta algo más que el año anterior y se obtiene, sin embargo, mucho menos dinero a consecuencia de la baja de precios.

Los dos años siguientes, 1932 y 1933, son de un descenso enorme del precio de las exportaciones.

Desgraciadamente, no conocemos el tonelaje de las mercancías exportadas y aun en el precio sólo poseemos datos para los tres primeros trimestres (enero-septiembre) de esos años. Pero los datos, directos e indirectos que poseemos, son más que suficientes para confirmar la crisis creciente de la economía soviética. Las exportaciones en los tres primeros trimestres de 1932 alcanzan la cifra de 410,9 millones de rublos; en igual período del año 1933 suman 367,3 millones.

Consecuencias:

1.ª A partir del año 1930 notamos un descenso constante del valor de las exportaciones a consecuencia de la rebaja de precios en el mercado, es decir, que en el período quinquenal aumenta extraordinariamente el volumen de las mercancías exportadas y el valor de éstas.

2.ª La U. R. S. S. exporta desde 1931 cada año menos, porque se le agotan los productos exportables. Es decir, que se intenta primero cubrir la baja de precios aumentando el volumen total de exportaciones, como lo prueban las cifras de los años 1930 y 1931, y, después, la exportación desciende también por falta de productos.

Por último, queremos señalar un dato muy elocuente. En 1927-28, antes de empezar el plan quinquenal, las exportaciones de la U. R. S. S. sumaban 777 millones de rublos. Se suponía que al fin del plan importarían las exportaciones de la U. R. S. S. 1.900 millones. ¡Qué lejos estamos de la cifra soñada! ¡Qué cerca estamos de la cifra inicial!

La exportación de la U. R. S. S. se calculaba fundamentalmente sobre los cereales y, en segundo lugar, en el petróleo, madera, lino. Pero desde 1932 bajan todos los productos de exportación, excepto el petróleo, y no porque queden para el consumo interior, sino porque escasean en el país. La caída catastrófica de las exportaciones soviéticas se debe a la baja de la producción de cereales. De aquí resulta que al faltarle a la U. R. S. S. recursos interiores para financiar la industrialización ésta empieza a depender cada vez más de los empréstitos extranjeros. La U. R. S. S. anda en este momento a la busca de créditos a largo plazo, y éste es uno de los motivos más importantes del restablecimiento de las relaciones diplomáticas con Norteamérica.

Hay que acabar con la leyenda oficial de que mientras la crisis aumenta, va cada vez mejor la situación de la Unión Soviética. Mientras persiste la crisis en los países capitalistas—ésta es la verdad—se agrava la crisis económica en la U. R. S. S., metida en un plan de industrialización insostenible para sus recursos; industrialización que ha tenido en contra, como uno de los factores adversos, la crisis económica mundial.

L. FERSEN.

TROTSKY

El motor se paró ante una puerta claraboya, y las sordas palpitaciones del mar, próximo, llenaron el silencio de la noche. Lentamente, avanzando por el sendero luminoso abierto por nuestros faros, precedido por un discreto y joven camarada que llevaba una linterna eléctrica, aparecieron unos zapatos blancos, un pantalón blanco, un traje de pijama hasta el cuello... La cabeza quedaba oculta por la sombra nocturna. He visto algunos de esos rostros, que expresan vidas excepcionales: casi todos son rostros ausentes. Esperaba con más curiosidad contemplar esta faz marcada por uno de los más grandes destinos del mundo y que se detenía, deslumbrada, al borde del faro.

Desde que se precisó este deslumbrante fantasma de lentes, observé que toda la fuerza de sus rasgos estaba en su boca, de labios lisos, tensos, extremadamente recortados, de estatua asiática. Reía hasta ponerse a tono de camarada, con una risa de cabeza que no se asemejaba a su voz—una risa que dejaba ver unos dientes muy pequeños y muy separados, dientes extraordinariamente jóvenes en este fino rostro, orlado de una cabellera blanca—, obsequiosa e imperiosa a la vez y que parecía significar: «Terminemos rápidamente con las efusiones cordiales y pasemos a las cosas serias.»

* * *

Las cosas serias, en esta época en que la actividad directa le estaba prohibida, como condición de la estancia en Francia, eran, en suma, el ejercicio de la inteligencia. En el gran buró, donde un revólver servía de pisapapeles, la presencia de Trotsky planteaba al pensamiento uno de los más sugestivos problemas: la relación del carácter y del destino.

Se atribuye a los ciegos una rigurosa certeza de juicio. Yo creo que ello es debido a que los ciegos juzgan de los hombres sólo por su voz. En efecto, nada, ni el rostro, ni la risa, ni el porte, *expresan* al hombre, por la sencilla razón de que el hombre no es expresable; pero, de todos estos portillos abiertos, es seguramente el tono de la voz el que deja ver la mayor cantidad posible de personalidad. Trotsky no hablaba su lengua; pero, aun en francés, el carácter principal de su voz es la dominación total de lo que dice—la ausencia de ese insistir por el que tantos hombres dejan adivinar que su afán por convencer a otros es un modo de quererse convencer a sí mismos; la ausencia de voluntad de seducción. Los hombres superiores tienen casi todos de común, sea cual fuere la torpeza de muchos al expresarse, esta densidad, este centro misterioso del espíritu, que parece venir de la doctrina y que la rebasa en todos sentidos, y que da el hábito de considerar el pensamiento como algo que se conquista y no como algo que se repite. En el dominio del espíritu este hombre se había forjado su propio mundo, y en él vivía. Recuerdo de la forma en que me habló de Pasternak:

—Casi todos los jóvenes rusos le siguen, en la actualidad; pero a

mí no me gusta gran cosa. A mí no me agrada el arte de los técnicos, el arte para los especialistas.

—Para mí—respondí yo—, el arte es, ante todo, la expresión más elevada o la más intensa de una experiencia humana legítima.

—Yo creo que este arte va a renacer en toda Europa... En Rusia, la literatura revolucionaria no ha dado todavía una obra grande.

—La verdadera expresión del arte comunista la da no la literatura, sino el *cinema*, ¿no es esto? Tanto antes como después, el *cinema*; antes, *Potemkin*, y después, *La Madre*.

—Lenin pensaba que el comunismo se expresaría artísticamente por el *cinema*. Con referencia a *Potemkin* y *La Madre*, me han hablado mucho, de la misma forma en que usted lo hace. Pero voy a decirle una cosa: yo no he visto nunca estos *films*. Cuando se les proyectó, al principio, estaba en el frente. Después se proyectaron otros, y cuando se volvió de nuevo a ellos me encontraba en el destierro...

Este arte de las primicias del *cinema* revolucionario; este arte, que por tantos conceptos corresponde a su vida y forma parte de su leyenda, Trotsky jamás ha logrado verlo...

—¿Por qué—digo yo—no ha de desaparecer la literatura en beneficio de otro género de arte, así como ha sido reemplazada la danza, que expresaba el arte de las tribus primitivas, por las artes de nuestra época? Hacemos partir el *cinema* de la pintura, pero yo creo que esto es muy poco significativo. Lo que ha matado la danza es la escritura; hay en el *cinema* una manera de escribir que no se hace con palabras, que podría muy bien matar a la misma escritura: la palabra, matando la danza; la imagen, matando la palabra.

Trotsky sonríe.

—Me es difícil responderos exactamente en lo que afecta a la danza; tened en cuenta que conozco muy poco esta cosa técnicamente. Pero me parece que la danza se ha conservado y lo que sí ha hecho es evolucionar. Y creo más: creo que muy bien podría renacer, aun con todo lo que poseyó en otras épocas, pero enriquecido... *La Humanidad no abandona aquello que ha conquistado una vez.*

—Sin embargo, ha abandonado ochocientos años, por lo menos, de los valores antiguos y estoy persuadido de que al hombre del año 700 le habrá sido absolutamente imposible comprender a Pericles, como a éste le hubiera ocurrido lo mismo con respecto al hombre del año 700. También la vida espiritual del Egipto antiguo le era poco accesible.

—De Egipto..

Trotsky lo da de lado: se ve que lo conoce poco.

—Pero en lo referente al cristianismo—continúa Trotsky—, mirad: desconfío; creo que hemos idealizado demasiado los primeros tiempos del cristianismo. Sin duda había una inmensa mayoría que apenas comprendía nada, místicos que eran ascetas y gentes hábiles e interesadas que formaban la mayoría de la Iglesia.

¿Es que Trotsky reconstruye el cristianismo primitivo a través de la Rusia de su juventud? Continúa:

—Usted sabe que cuando el papa se sentía enfermo recurría a los médicos y no a los rezadores... Sí, los valores antiguos desaparecieron; pero han vuelto.

—Usted me dice que la Humanidad no abandona lo que una vez adquiere. Por tanto, ¿no será posible admitir la persistencia del individualismo en el comunismo: de un individualismo comunista, tan distinto del individualismo burgués, por ejemplo, como éste lo es respecto del individualismo cristiano?

—Veamos: aquí, como en todo, habrá que partir de lo económico. Los cristianos han podido vivir en función de la vida eterna y no conceder gran importancia al individualismo porque eran muy pobres. Los comunistas del plan quinquenal están, en cierto modo, en la misma situación, por otras razones. Los períodos de los planes, en Rusia, son necesariamente desfavorables a todo individualismo, aun comunista...

—Los períodos de guerra son igualmente desfavorables al individualismo burgués.

—... pero tras los planes, o entre los planes, el comunismo aplicará a sí mismo la energía que aplica hoy a la construcción. Yo creo que el espíritu del cristianismo primitivo es inseparable de una pobreza extremada.

Está fatigado: su francés, más rápido, se hace menos puro; emplea, cada vez más, un vocabulario inesperado, «bien» por «muy», al cual da una inflexión singular.

Una ideología puramente colectiva, únicamente colectiva, es inconciliable con el mínimo de libertad material que implican el mundo moderno y el comunismo, dentro de muy breve tiempo.

Acompañado de su hijo retorno a la ciudad, abandonando la quinta nocturna donde sus discípulos se debaten en su pensamiento o se abandonan a él, sugestionados por su verdad, en tanto que en el piso superior él se entrega al reposo con un sueño de Viejo de la Montaña.

* * *

Al día siguiente hablamos de la campaña de Polonia.

—Algunos especialistas, en Francia, opinan que Tukhatchevsky fué derrotado porque la táctica de Weygand consistió en cambiar el eje de la acción durante el combate, táctica que ignoraba el general ruso. Yo desconfío siempre de los especialistas en estas materias...

—Tukhatchevsky sabía muy bien que se puede cambiar el eje de la batalla. No es ésta la cuestión. Hubo dos causas que produjeron la derrota: en primer lugar, la llegada de los franceses...

—Esto se ha dicho en Francia, pero de una manera que incitaba a que no se creyera nada sin una información más amplia.

—No, es verdad. El Estado Mayor francés llegó en este desorden, este... desorden es poco decir (hace con la mano un movimiento como para mezclar). Estaban en un país que no era el suyo; no habían sufrido ningún quebranto desde el principio de la campaña. Estaban serenos; podían examinar las cosas con frialdad. En segundo lugar, el ejército de Lemberg no se lanzó sobre Varsovia, cosa que debiera haber hecho. Esto es lo esencial.

Ya sabía que Stalin figuraba en el ejército de Lemberg...

—Pero, con todo, se trataba de una aventura. Yo era decididamente opuesto. Lo hicimos, en definitiva, porque Lenin insistió, sobre todo a causa del proletariado polaco, cuya situación y disposición era difícil apreciar en aquella época. Agregad a esto que un ejército revolucionario es siempre muy nervioso; cuando se encuentra alejado de su base puede muy fácilmente desmoralizarse por un fracaso cualquiera, sobre todo después de una serie de victorias.

—¿Es a esto a lo que usted atribuye la derrota del ejército rojo tras sus éxitos en la guerra de ocupación?

—Sí. En la guerra de ocupación (separa los dedos como para figurar radios) éramos más fuertes porque nuestras fuerzas irradiaban del centro, Moscú.

—¿Puede, actualmente, mantenerse el ejército rojo, industrial y químicamente, contra un ejército europeo o japonés?

—Puede ponerse rápidamente al nivel de cualquiera. Pero el ejército japonés no es, ni con mucho, lo que se cree en Europa. Sin duda, usted cree que se trata de una cosa análoga a lo que era el ejército alemán en 1913; más bien se trata del ejército de una nación europea de segundo orden. Es un ejército que todavía no ha sido puesto a prueba, que jamás ha combatido con un verdadero ejército de Occidente.

—Bien comprendo que, para Rusia, la guerra rusojaponesa fué una guerra colonial, en tanto que para Japón se trató de una guerra nacional. Pero el Transiberiano no deja por ello de ser un ferrocarril de vía única, hoy todavía. ¿Sin duda Rusia tratará de poner al Japón en idéntica situación en que ella está, no combatiendo en la Mandchuria?

—Yo creo que combatiremos en el Baikal.

Por primera vez, decía «Nosotros». La mirada era más intensa, como si su atención se hubiera concentrado de súbito; acababa de eliminar ese mínimo de distracción que hay en toda conversación, aun en la más atenta. Quizá no hubiera en esto más que el pensamiento, la intensidad de las cosas meditadas extensa y constantemente. Yo desconfiaba de este Kremlin, de este ejército rojo que acababa de irrumpir en la habitación abierta, sobre los pinos umbríos y los árboles ardientes, por el solo poder de ese influjo que ejerce una vida histórica, aun cuando ella misma se sienta quejosa. Pensaba en Dupleix, moribundo en su pequeña alcoba, arruinado y humillado, reducido a perpetuo solicitante, pero muriendo sobre la almohada repleta de sus cartas de las Indias.

—Por tanto—continuó—, sería peligroso para un Gobierno tan autoritario (se refiere al ruso) replegarse tanto...

—Bessedovsky, en sus *Memorias*—que, evidentemente, me inspiran una confianza muy relativa—, afirma que Stalin retrocedería hasta Irkutsk, para tener las manos libres en la revolución china.

—Yo no lo creo. A los discursos de un cualquiera Bessedovsky, el otro, exasperado, ha podido responder esto (el otro es Stalin); pero ello sólo es una manera de hablar. Por otra parte, no se trata de hacer la guerra en Siberia con el ejército rojo solamente. Además, el principal enemigo del Japón no es la U. R. S. S. Que Roosevelt salga con bien o naufrague, Estados Unidos se verá obligada a encontrar nuevos mercados.

—Ya tiene América latina.

—Esto ya está hecho, y no es suficiente. *Los americanos están renunciando, cada día con más decisión, al principio de la puerta abierta en China.* Se verán obligados a tomar China, pura y simplemente: Dirán: «Las demás naciones, todas tienen colonias; la mayor nación económica del mundo también debe tenerlas.» ¿Quién se lo impedirá? Europa estará bastante ocupada. China colonia americana, la guerra con el Japón es inevitable.

Después de comer, en tanto los otros hacían sobremesa, fuimos al jardín. Caía la tarde; el mismo hermoso sol que ayer. La cal de las casas esparcidas en el campo o entre la fronda del bosque, ya obscuro, era de un blanco azulenco, con un vago aspecto de fosforescencia mate. La conversación fué menos intensa, menos rigurosa. Me habló de *Lenin*, a cuyo trabajo estaba entregado; una obra de la importancia de *Mi vida*—que a él no le gusta—, donde tratará todos los temas de filosofía y de táctica sobre los cuales no se ha explicado aún.

Pasó un gato, que huyó veloz: uno de los grandes perros-lobos de Trotsky venía con nosotros.

—¿Es verdad que a Lenin le gustaban mucho los gatos pequeños? Usted sabe que Richelieu tenía siempre sobre la mesa una cesta llena de ellos...

—No sólo los gatos; Lenin amaba todo lo que era pequeño. Sobre todo, los niños. Quizás fuera porque no los tenía. Sentía verdadera adoración por los niños. En arte, sus gustos tendían hacia el pasado. Pero decía de los artistas: «Hay que dejarles hacer.»

—¿Esperaba del comunismo un nuevo tipo humano, o preveía en este dominio una cierta continuidad?

Trotsky reflexiona. Marchábamos frente al mar, que acariciaba mansamente los peñascos, en una calma absoluta.

—Un hombre nuevo—respondió—, en efecto. Para él, las perspectivas del comunismo eran *infinitas*.

Reflexionó de nuevo. Yo pensaba en lo que me había dicho por la mañana, y, sin duda, él también.

—Pero—dije yo—me parece que para usted...

—No; en el fondo, yo pienso como él.

En ninguna manera decía esto por ortodoxia. Me pareció que a pesar de la preparación de la Revolución, la guerra civil y el Poder, jamás se había planteado este problema en tal forma. Sin duda quería decir que él preveía primero una continuidad entre los tipos humanos; *después*, una separación cada vez más acusada. Lo que, a mi juicio, pasó de golpe bajo sus palabras y lo que yo creí sentir de Lenin a través de él, fué la voluntad de experimentación ante un dominio en que el marxismo carece de datos comprobatorios. En suma: en él, el deseo de conocimiento conduce inmediatamente a actuar. Fué aquí, más que en la conversación política, donde yo sentí más vivamente al hombre de acción.

El mar seguía acariciando las rocas en la noche que se abría.

—Mirad—dijo—, lo importante es: ver claro. Lo que se puede expresar del comunismo es ante todo más claridad. Hay que librar al hombre de todo aquello que le impide ver. Liberarle de los hechos económicos que le impiden pensar. Y de los hechos sexuales, que también se lo impiden. Aquí, creo yo que la doctrina de Freud puede ser muy útil.

—Veo a la vez en Freud un detective genial, el hombre que ha abierto uno de los más grandes dominios de la psicología, y un filósofo desastroso. ¿Pero creéis que cuando la Humanidad logre librarse de la movilización—religiosa, nacional o social—, que sólo le consiente obrar en lugar de pensar, no ha de encontrar resistencia la presencia de la muerte?

—Yo creo que la muerte es, ante todo, producto del uso. De una parte, uso del cuerpo; de otra parte, del espíritu. Si se logra que este uso se produzca de una manera armónica, efectuándose al mismo tiempo, la muerte sería un fenómeno muy simple... No encontraría resistencia...

Tenía sesenta años y estaba gravemente enfermo. «No encontraría resistencia.»

* * *

Escribo esto de regreso de una sala popular donde se proyectaba un documental sobre las últimas fiestas de Moscú. En la amplia superficie de la Plaza Roja, con los brazos tendidos blandiendo remos y

lanzas de Walkyrias, viriles muchachas jóvenes desfilan ante la tribuna, desde donde contemplan el espectáculo, agobiados por dos gigantescos retratos de Lenin y de Stalin, todos los dirigentes de la U. R. S. S. La multitud aplaude como lo hacen siempre las multitudes: menos en señal de entusiasmo que de aprobación. ¿Cuántos de entre ella, en este día en que una irrisoria actualidad os ha hecho sujeto de su conversación, después de haber sido el fantasma obstinado de su miedo, cuántos pensaban aquí en usted? A buen seguro, muchos. Antes de proyectarse el *film* se habían pronunciado discursos, para Thaelmann en particular; el orador que hubiera osado hablar de usted, pasado el primer momento de inquietud se hubiera visto rápidamente acosado a la vez por la hostilidad burguesa y por las prudencias ortodoxas: esta multitud que os silencia está habitada por usted como por un remordimiento. Yo la conozco, la he hallado en todos los mítines; oigo todavía su sorda *Internacional*, que ascendía en contrabajo de la vasta sala de Luna Park, cuando a la salida veía elevarse, acercándose a la altura de la acera, como en el *cinema*, las patas de los caballos, el pecho, las cabezas hostiles de los guardias móviles, casi perdidos en la noche, al reflejo paralelo de las luces eléctricas sobre sus cascos... Son las mismas que acuden incansablemente a escuchar a los oradores, que hablan en nombre de Sacco y de Vanzetti, de Torgler o de Thaelmann, porque hablan en nombre de los presos; los mismos que ocultan su generosidad, como si bastara ser un bruto para ser inteligente y que, siendo trescientos para oír una explicación de Marx, son treinta mil para llevar a Dimitroff el único homenaje de que disponen: el sacrificio de una *soirée* de *cinema*. Contra el Gobierno que os arroja, todos están con usted; usted es de esos proscriptos de los cuales no se puede lograr hacer emigrados. A pesar de todo lo que se diga, imprima, grite, la revolución rusa es para ellos un bloque, y todo aquel heroísmo que sacudió el Palacio de Invierno se siente ahora humillado con su soledad.

* * *

Una vez más, el destino os coge entre sus dedos sangrientos. Unos días después del sobresalto sin esperanza de los obreros austriacos, un Gobierno francés os retira la hospitalidad que otro Gobierno os había concedido. No valéis bastante caro para que sean tenidos en cuenta los compromisos adquiridos: valéis todavía bastante caro para que, como dicen los indicadores, se os dé. Pero podían haberos expulsado sin recurrir a la moral y a la virtud. Es usted quien no ha cumplido los compromisos. Habéis fundado la *IV Internacional*. Hoy cuenta en el mundo con algunos centenares de miembros, mucho más peligrosa, con todo, que la III, que sólo tiene doscientos millones, o que la II, sin contar que la burguesía francesa haría mejor, en este momento, de dejar las Internacionales para temer a los Nacionalismos. Escribís en *La Verité*, aquello que jamás habéis dejado de hacer. Habéis traicionado a Francia—con la que no tenéis ningún compromiso—, lo que no es el caso de los grandes duques de la Riviera. Y se os ha descubierto (cuando vuestra casa no puede por menos que estar vigilada por la Seguridad) gracias al olfato sorprendente de un policía lector de Simenon. Se podía haber ahorrado este abuso grotesco: para liberar a los rehenes no hay ninguna necesidad de escupirles, aunque ésta sea la costumbre. «Un Anónimo», en *Le Matin*, se explica en lenguaje claro, aunque con esa particular sordidez propia del tono militar: «A Trotsky le hemos tenido.» Como lo que se quería «tener», en

usted, era al revolucionario ruso, recordémosle que quedan ciento sesenta millones por «tener». Pero lo que tenemos que decir a esos ciento sesenta millones es que, cualesquiera que sean las divergencias doctrinales entre el Gobierno de la U. R. S. S. y usted, debemos reconocer en cada revolucionario amenazado uno de los nuestros; que lo que se atropella en usted en nombre del nacionalismo, en el momento en que todos los respetos son pocos para los reyes de España, protectores de los submarinos alemanes, es la Revolución. Había este verano en Deauville con que rehacer el cuadro de los reyes de Voltaire; pero, ¡ay!, también hay en los bastiones y en los tugurios miserables con que hacer un ejército de revolucionarios vencidos. Yo sé, Trotsky, que vuestro pensamiento sólo espera del destino implacable del mundo su propio triunfo. ¡Pueda vuestra sombra clandestina, que desde hace diez años camina a través del destierro, hacer comprender a los obreros de Francia y a todos los que se sienten animados por esta obscura voluntad de libertad, que unirse en un campo de concentración es unirse un poco tarde! Hay muchos círculos comunistas donde ser sospechoso de simpatía por usted es tan grave como serlo por el fascismo. Vuestra partida, los insultos de los periódicos, muestran con bastante claridad que la revolución es una. ¡Que será preciso aun para que acierten a combatir juntos aquellos que os miran partir en silencio, en tanto que les acecha, con una amarga sonrisa, la absurda fatalidad, que sabe—¡no tan bien como ellos!—cómo los confundirán los mismos enemigos en el fondo fraternal de la muerte!...

ANDRÉ MALRAUX.

LAS ORGANIZACIONES OBRERAS INTERNACIONALES

200 págs., 2 pesetas. Por ANDRÉS NIN.

Un acabadísimo estudio sobre la fundación, desarrollo y funciones representadas por los distintos organismos obreros internacionales. El autor, que ha sido secretario de la Internacional Sindical Roja durante ocho años, conoce de una forma directa y viva el movimiento proletario internacional. Este magnífico resumen histórico tiene un extraordinario valor documental para los trabajadores que deseen conocer los problemas de su clase. No debe faltar en ninguna biblioteca obrera, por tratarse de una obra de consulta muy útil.

La agonía de la Internacional Staliniana

LA CRISIS DEL P. C. FRANCES ACERCA DEL FRENTE UNICO

La crisis del Partido Comunista en Francia ha adquirido en los últimos días un profundo desarrollo. Hasta la misma Prensa reaccionaria se ha visto obligada a ocuparse de ella. El malestar de la base del Partido, favorable en su inmensa mayoría a la táctica del frente único, ha llegado incluso a hacer retroceder a la dirección del Partido. La lucha ha entrado en una nueva fase. Tratemos de hacer un breve resumen y de dar después los documentos más importantes que puedan ilustrar sobre el alcance de la misma.

En primer lugar, la oposición de Doriot, miembro del Buró Político del P. C. francés, se limitó durante varias semanas al radio de Saint Denis. La dirección del Partido acordó emprender a fondo la lucha (ya es sabido lo que esto quiere decir: calumnias, ataques envenenados, etc.) para someter al recalcitrante. Durante semanas y semanas, mientras Doriot *se defendía* en las células de Saint Denis, la dirección del Partido, por medio de *L'Humanité*, excitaba a los miembros del partido contra los oportunistas. En medio de una gran confusión, de la ignorancia de la cuestión por los miembros de la base, parecía que iba a procederse a la exclusión, según el método prevaleciente en las direcciones stalinianas.

Pero la lucha se desarrolló según su propia lógica. El radio de Saint Denis en su mayoría hostil a la dirección del partido staliniano, se salió del cuadro de la disciplina formal, que prácticamente no sirve más que para ahogar todo espíritu crítico. Y a partir de este momento Doriot emprendió la ofensiva abierta, mediante artículos en *L'Emancipation*, un folleto, declaraciones a un periódico burgués, un llamamiento a la población obrera de Saint Denis, el abandono de un cargo de representación popular confiado por el Partido, una candidatura sin la aprobación del C. C., un mitin público al que el secretario general del P. C. fué invitado para que diera explicaciones. La dirección del P. C. trató de transformar el mitin en manifestación contra Doriot. Se colocaron carteles, se publicaron artículos contra los «asustadizos», el Partido fué movilizado. No se ahorró nada para asegurar la derrota del radio de Saint Denis.

Sin embargo, la operación fracasó. En el P. C. son numerosos los partidarios del frente único de organización a organización. La dirección no se siente dueña del Partido. Recurre a la I. C. Por primera vez desde hace años, se llama a las dos partes para que expliquen sus puntos de vista. A última hora se suplica a Doriot que se calle; pero es demasiado tarde. Todo el C. C., sobre el escenario del teatro de Saint Denis, encaja los golpes que Doriot dirige a su política. Al día siguiente y en los días sucesivos, *L'Humanité* queda mudo. Los asustadizos de verdad son ahora Thorez (secretario general), el Buró

Político y el C. C. de burócratas, que acostumbrados a dirigir por el terror se desmayan cuando esto resulta ineficaz.

Para que nuestros lectores puedan conocer mejor el desarrollo de la crisis del stalinismo francés, damos a continuación algunos de los principales documentos. Comencemos por el prólogo que bajo el título de «Por la unidad de acción. Carta abierta a la Internacional Comunista», ha publicado Doriot en el folleto editado por el radio de Saint Denis contra la política del C. C. Dice así:

«El obrero socialista quiere la unidad de acción con los comunistas y cree que será posible realizar la unidad total orgánica con nosotros. Piensa, por otra parte, que la estructura de nuestro Partido hace depender de la Internacional Comunista la respuesta de esta cuestión. Por esto una masa importante de socialistas está deseosa de hablar con Moscú para llegar a un acuerdo entre el Partido Socialista y el Partido Comunista, preludio de la unidad orgánica.

He aquí el estado de espíritu de la masa socialista. Es pensando en todo esto por lo que pedimos que la táctica de nuestro Partido sea más audaz, más clara, más neta, menos reticente. Se nos reprocha querer hacer proposiciones a los jefes; esto es cierto, porque estos jefes tienen todavía la confianza de sus tropas. La lucha actual que se desarrolla entre el fascismo y la clase obrera tiene por objeto el Poder. En esta lucha de velocidad entre el fascismo y nosotros, es necesario marcar directamene nuestros objetivos inmediatos. Los acontecimientos se desarrollan en Francia a un ritmo acelerado. Las jornadas de febrero no han sido más que el preludio de combates más gigantescos, cuyas condiciones maduran. El régimen parlamentario y democrático burgués cae en plena decrepitud y todos los días aporta a las masas la prueba de su incapacidad. Los obreros, los campesinos, las clases medias, de un lado; la gran burguesía, de otro, creen que «es necesario que esto cambie». La gran idea que actualmente se apodera de las masas es la idea del cambio necesario; la idea de una transformación política y social en el espíritu del país. No es por azar que el 12 de febrero la aclamación de ¡Vivan los soviets! retumbó a través de todo el país. Es la razón por la cual nos parece necesario bosquejar aquí nuestro programa de acción. Este programa de acción debe tener en cuenta la necesidad de arrastrar bajo la dirección del proletariado a los campesinos y a las clases medias. Es necesario, por tanto, al establecerlo, tener grandemente en cuenta las capas sociales arrastradas a remolque del proletariado. He aquí las principales consignas que proponemos:

1.° Semana de cuarenta horas, sin disminución de salario. 2.° Seguro de paro por cuenta del Estado, con inscripción de todas las víctimas del paro (obreros, industriales y agricultores, artesanos, intelectuales) sin distinción de sexos, edad o nacionalidad. 3.° Reorganización de los seguros sociales, supresión de las entregas obreras y gestión de las Cajas por los que dependan de ellas. 4.° Contra todas las disminuciones de salarios, sueldos o pensiones. 5.° Organización y sostén de las luchas campesinas: *a*) Por la defensa de precios remuneradores y la tasa de ciertos productos agrícolas; que se garantice a los campesinos pobres una remuneración legítima por la concesión, sobre los precios del mercado, de una cantidad compensadora a costa de los grandes productores; *b*) Moratoria de las deudas, cancelación de las hipotecas, anulación de los procesos y subvención de crisis a los pequeños campesinos; *c*) Revisión de la ley sobre aparcerías. Moratoria (y en casos determinados anulación) de los arriendos, foros, deudas, impuestos, hipotecas; *d*) Aplicación de las ocho

horas y de todas las leyes sociales en favor de los objetos agrícolas, y *e*) Anticipos sin interés sobre las cosechas. 6.° Organización y defensa de las luchas de las clases medias (revisión de los contratos comerciales, moratoria de las deudas, revisión sobre las patentes). 7.° Contra la suspensión del reclutamiento en las Administraciones públicas, por el retiro automático a los cincuenta y cinco años y la elevación del tipo de los retiros, evitando el reempleo de los retirados. 8.° Mantenimiento de los derechos adquiridos de los antiguos combatientes y ampliación de todas las leyes sobre los ex combatientes a todos los movilizados de la guerra. 9.° Refundición del sistema fiscal, por el inventario y la conscripción de las fortunas, y el establecimiento de un impuesto progresivo con reducción en la base. 10. Reducción a seis meses del tiempo de servicio activo bajo la bandera y supresión de los períodos de reserva. Mejora del haber del soldado. 11. Organización de grandes trabajos de utilidad social para emplear a los parados, obreros y técnicos. 12. Nacionalización de los Bancos, de los Seguros, de los ferrocarriles, de las minas de hulla, de hierro, de potasa, de petróleo, de las grandes empresas industriales y comerciales que constituyen de hecho monopolios. 13. Política de alianza con la Unión Soviética.

En la etapa actual de la lucha este programa nos permitirá agrupar alrededor de la clase obrera a los campesinos y a las clases medias. Es decir, que nos permitirá ganar a la idea de la revolución proletaria dos capas decisivas que el fascismo quiere ganar a la idea de la contrarrevolución. La salida de la batalla entre el fascismo y el proletariado, y la formación del gobierno obrero y campesino, dependen en Francia, de una parte, de la capacidad del proletariado para realizar su unidad de acción, y de otra parte, de su capacidad de aliarse a los campesinos y a las clases medias. Es esta capacidad lo que queremos que adquiera nuestro Partido.»

En el periódico *L'Emancipation*, órgano del radio de Saint Denis, en otro artículo, dice Doriot: «Con su exclusiva responsabilidad y por su actitud, la dirección del Partido nos ha colocado en esta alternativa: o el suicidio, o la lucha. Entre ser desacreditados políticamente sin combatir y hacer juez al proletariado de nuestra actividad. Hemos escogido el segundo camino. Es con dolor como hemos adoptado esta resolución. Pero era la única salida que nos quedaba. No lo lamentamos. La batalla entablada irá lejos. Es la lucha por una concepción sana de la unidad de acción, por el agrupamiento de todas las fuerzas antifascistas. Es la lucha por una táctica audaz de agrupamiento de las masas. Es la lucha por un partido disciplinado, centralizado, pero que no ahogue la voz de la base. Es la lucha por un partido capaz de representar su papel revolucionario. Es una lucha contra el sectarismo impotente en el exterior del Partido y acogotador en el interior.

Sé que, por haberla emprendido, mis camaradas y yo vamos a recibir golpes. Poco nos importa. Esto no nos impedirá continuar la lucha por la unidad de acción del proletariado en Saint Denis, como en toda Francia. El porvenir demostrará que teníamos razón.»

L'Humanité, por su parte, ante esta actitud enérgica de Doriot y del radio de Saint Denis se bate en retirada vergonzosa, y contesta: «La Internacional Comunista recoge el debate. Es el juez soberano de todos los miembros del Partido Comunista. Cuando se haya pronunciado, estamos seguros de que todos los miembros del Partido aceptarán su sentencia. Aguardando su juicio, el Comité Central suspende la discusión pública sobre las divergencias interiores. Los trabajadores de Saint Denis han sido de los primeros en Francia en agruparse bajo la bandera del comunismo de Lenin y Stalin. No se retractarán en estos momentos de perturbación en que el fascismo pisa los talones a todos los proletarios de este país; la Internacional Comunista fué y sigue siendo el único guía, el más seguro y experimentado del proletariado mundial. Lo ha demostrado y ha sabido conducir al triunfo a la gran Revolución Soviética. Pedimos a todos que acepten el juicio que ella se dispone a dar y que se conformen a él con disciplina y lealmente.

Tal es la decisión del Buró Político, que transmitimos a los trabajadores de Saint Denis. Estamos seguros que la aceptarán sin reserva. Pedimos a todos los camaradas del Partido Comunista que se entreguen sin pérdida de tiempo a luchar fraternalmente con todos sus hermanos de trabajo y de miseria contra las actividades de las bandas fascistas, contra el gobierno que las protege, contra la guerra, que ronda amenazadora en torno nuestro.»

El partido argentino, en descomposición

Los Partidos Comunistas americanos han sufrido las hazañas frecuentes de conocidos aventureros, que en el movimiento revolucionario no ven más que un medio de vida. Los Ghioldi, Codovila, Contreras, Lafferte, etc., etc., han destrozado todo el movimiento comunista en aquellos países. Y alguno de ellos, no conforme con lo hecho, prosigue sus maniobras en otro país.

El Partido Comunista está en plena descomposición. Del *Boletín Interno*, que publica el C. C. del partido staliniano, reproducimos el siguiente informe del Buró político argentino:

«Frente a formidables condiciones y posibilidades de desarrollo de nuestro partido, hemos perdido cerca del cuarenta por ciento de afiliados; hemos perdido algunas células; en el terreno sindical estamos muy atrasados; en materia de frente único no avanzamos; ahí donde lo realizamos es con una serie de errores: en las últimas campañas del 1.° de agosto, del 16 de septiembre, del 7 de noviembre, el Partido no apareció como tal; no organiza la lucha contra la guerra, contra el hambre, contra la reacción, por nuestros presos; no hemos hecho nada en solidaridad con el proletariado alemán, con las masas trabajadoras cubanas; no encabezamos, no dirigimos y participamos muy poco en los movimientos que se suscitan diariamente en las fábricas y talleres.

La situación del Partido en la capital es bastante delicada. Del informe se desprende que desde la Conferencia regional hasta la fecha hemos perdido *alrededor de unos cuatrocientos afiliados y unas treinta células*. Tal situación es realmente alarmante, porque ya no se trata solamente de la pérdida de afiliados, sino de organizaciones del Partido. Significa que 30 células, que son organizaciones básicas del Partido, han dejado de existir con sus volantes, ligazones con fábricas, mítines, distribución de material, prensa, reclutamiento, etc. No se trata de fluctuación simple. Se trata de mermas de las organizaciones. Supongamos, asimismo, que en la Conferencia regional se haya dado una cifra exagerada; ello no resta importancia a la gra-

vedad del problema, pues desde la Conferencia aquí todas las condiciones objetivas eran a favor nuestro: mayor politización de las masas; ascenso de la conciencia y de la solidaridad revolucionaria internacional de las masas (huelga del 1.º y 2 de agosto); conferencia contra la guerra; mayor desenmascaramiento del partido socialista y de la C. G. T., y de los jefes de la F. O. R. A. Además, mayor posibilidad de elevar el nivel político del Partido a través de nuestras ediciones: *Soviet*, *Informaciones*, boletines internos, etc. Todas esas condiciones debían servir para vigorizar nuestras organizaciones, para aumentar nuestras células, para juntar en algo concreto nuestra influencia general, que se amplía y que crece despareja con la organización del Partido. El porqué de esa situación debe ser investigado, discutido y corregido. El C. R. de la capital debe ser la cabeza, el ejemplo para las demás regionales, como una cosa lógica, pues se desenvuelve al calor del Buró político, organismo superior del Partido.»

La Internacional Comunista condena el «frente único sólo por la base»

«El Partido de la Revolución debe aprender a englobar a la mayoría de la clase obrera, usando a este efecto de cada posibilidad nueva de acción de masas... Desde este punto de vista, decir que estamos dispuestos a hacer el frente único con las masas y no con los jefes, es escolástica pura. Se podría también decir que transigimos en llevar a cabo huelgas contra los capitalistas, pero que no transigimos en entrar en *pourparlers* con ellos. Es imposible llevar a cabo una huelga sin entrar en ciertos momentos en *pourparlers* con los capitalistas o sus representantes; igualmente, no se puede llamar a las masas organizadas a una lucha común sin entrar en *pourparlers* con aquellos a quienes una parte de estas masas inviste de su confianza. Obrar de otra manera es, bajo la capa de la intransigencia revolucionaria, demostrar una pasividad política que no ve unos de los fines más importantes para los cuales ha sido creado el Partido Comunista.» (Mensaje del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista para el segundo Congreso del Partido Comunista francés, 1922.)

La lucha revolucionaria en Cuba

Nuevamente los acontecimientos políticos de Cuba ocupan gran espacio en las columnas de los diarios. La lucha revolucionaria se agudiza y adquiere nuevos caracteres violentos. Sin embargo, es difícil hallar en los periódicos, incluso en la Prensa obrera, una estimación justa del desarrollo de aquellos acontecimientos. A continuación insertamos los párrafos esenciales y de más contenido político de una carta que hemos recibido últimamente de un camarada cubano, que ocupa una de las principales posiciones dirigentes de nuestra organización en Cuba. Estas líneas son de una tal claridad política que aclaran profundamente el proceso de la lucha política de aquel país. Quizá en el próximo número podamos ofrecer a nuestros lectores un estudio más detenido del problema político cubano.

En la actualidad nos encontramos luchando a la defensiva, frente a la reacción desatada por el «Gobierno de concentración nacional» para aplastar las conquistas del proletariado e inmovilizar su acción política. En la actualidad, nuestra organización, el Partido Bolchevique-Leninista, se mueve ya en plena ilegalidad, aun cuando la persecución sistemática no se ha iniciado aún. El Gobierno reaccionario de Mendieta, al mismo tiempo que endereza todo su aparato de represión contra el proletariado, es incapaz no sólo de hallar una salida a la situación actual, sino de encontrar una coyuntura de estabilización parcial.

De nuevo la acción política revolucionaria comienza en Cuba a deslizarse por los cauces de una batalla de «círculos», estrechos y pequeños, que utilizan la táctica del «desorden»; es decir, de mantener la isla en plena «anarquía» a través de los atentados terroristas, golpes de mano, asaltos, choques parciales, etc. Esta convulsión ha sido siempre la característica del proceso revolucionario en Cuba. Frente a esto, el repliegue de las masas atemorizadas deja paso a la lucha audaz de los grupos, entablándose, como en la época de Machado, una batalla tenaz y continua.

Es muy difícil que el Gobierno de Mendieta logre conjurar la situación. En Cuba, por su propia condición de país económicamente sometido al imperialismo, los «derechos democráticos» constituyen una ficción. La agudeza de las contradicciones existentes en Cuba, en el seno del régimen burgués-imperialista; la quiebra de la industria azucarera y del tabaco; el bajo nivel de vida de las masas; la violencia de los choques ocurridos en el período que media de la caída de Machado (12 de agosto) a la caída de Grau San Martín (18 de enero), han liquidado las esperanzas de las masas en la posibilidad de la instauración de un régimen «democrático» y planteado, por tanto, con marcado relieve histórico, la cuestión de la creación de un nuevo tipo de Estado y de una nueva forma de gobierno.

En este sentido, las dos corrientes más fuertes que se baten, ya en este plano, la constituímos nosotros (comunistas stalinianos y bolcheviques-leninistas) y los elementos de la pequeña burguesía, refugiados bajo la bandera del Partido Revolucionario Cubano, cuyo «líder», el ex presidente Grau San Martín, goza en la actualidad de

una influencia vasta en las masas populares. ¿De dónde proviene la *fuerza política* del ex presidente San Martín?

Para conocer la actual situación predominante en Cuba y los factores que entran en juego, es necesario el análisis de la vida política de Cuba en los seis lustros anteriores de gobierno republicano. Como habréis visto en nuestro programa, el análisis de los antecedentes históricos que nosotros hacemos de la situación cubana—Cuba no es más que una factoría yanqui—habían conducido, bajo la égida de Machado, a una situación tal al país que era inevitable una sacudida intensa.

La burguesía, en Cuba, no cuenta con arraigo popular; casi tiene muy poca participación en la producción, la cual está absorbida por el capital extranjero. «La industria más productiva en Cuba ha sido la *política*», es una afirmación hondamente clavada en las masas. Los partidos representativos de la burguesía criolla, sin programa que los caracterizase, sólo aspiraban al usufructo de la burocracia estatal, la cual en este país es numerosísima. Las corrupciones de este sistema político llegaron al máximo. La compra del voto, el asesinato diario, el robo al Tesoro público, la Prensa corrompida al servicio del Gobierno, atacándolo o ensanzándolo, según el montante de los dólares entregados; la concupiscencia, el robo y el atraco descarado de los políticos a las propiedades del Estado y a la propia propiedad privada de los pequeños campesinos, crearon en la conciencia popular una orientación firme hacia un «adecentamiento de la vida pública».

Los grandes intereses extranjeros, especialmente yanquis y de la burguesía comercial española, movían a su antojo a los gobiernos nativos. El trabajador cubano era desplazado conscientemente por el obrero extranjero. En esta situación, Grau San Martín hizo suya la bandera de un nacionalismo *enragé*. Atacó a la propiedad latifundista yanqui, se incautó de los monopolios de la Electricidad y el Gas, preparó la expropiación por el Estado de la Compañía de los Teléfonos, deshizo los *trusts*, disolvió los tradicionales partidos de la burguesía, legisló a favor del trabajador nativo (ley del 50 por 100, etc.). Con esta bandera, a su alrededor se congregaron grandes masas.

Nosotros comprendimos friamente la situación; de un lado, los intereses de las grandes bancas extranjeras, de los capitalistas y de la burguesía nativa; del otro, el proletariado revolucionario, que comprendía que la única vía conducía no hacia la legislación patriotera y nacionalista, sino a la expropiación de la propiedad imperialista, hacia la nacionalización de las riquezas, hacia la conquista del poder político. En el centro, Grau San Martín se revolvía furioso contra ambos lados: atacaba a la burguesía y el imperialismo, y atacaba al proletariado revolucionario. Pero el ataque de Grau San Martín al proletariado era un ataque *defensivo*, buscando estabilidad y temeroso de una intentona insurreccional de la clase trabajadora.

Ante esto, los bolcheviques leninistas comprendimos que el enemigo principal, histórico, era el imperialismo y la burguesía nativa; que Grau San Martín no era un aliado, sino un factor inevitable en el curso de la revolución, y que como tal había que tomarlo, impulsándole hacia adelante, poniendo al desnudo sus vacilaciones; induciendo cada día más a nuevas expropiaciones, hacia la creación de la dualidad de poderes, hacia la movilización de las masas sobre la ruta de la revolución. Era, guardando las distancias históricas, una situación similar a la ocurrida en Rusia cuando el gobierno de Kerensky.

Nosotros no podíamos defender a Grau San Martín, pero era preciso esclarecer la situación. El stalinismo, en su ceguera burocrática,

lanzó desde el primer día la consigna de la «toma del Poder» y calificó a Grau de «gobierno burgués-terrateniente-imperialista-feudal». Todo su ataque se concentró contra Grau San Martín, en beneficio de la contrarrevolución. Esto aisló al stalinismo, el cual no logró otra cosa que robustecer aún más a San Martín. Cuando éste cayó, en medio de la conjura reaccionaria del imperialismo y del militarismo vendido, el stalinismo se encontró solo, vencido, aplastado. Temeroso de la reacción que se desató brutal contra el proletariado, no ha hecho otra cosa que refugiarse y huir.

Actualmente, a medida que el Gobierno de concentración deshace la obra de Grau San Martín, por una lógica política, vista la debilidad de los partidos obreros, los valores de éste aumentan proporcionalmente al volumen de la reacción y de los errores del partido stalinista. Una nueva explosión revolucionaria sacudirá a Cuba en un plazo no muy lejano. Por primera vez el estalido abarcará a grandes masas y tendrá, sin duda alguna, un carácter más marcadamente proletario. Todo ha de depender principalmente de nosotros.

El stalinismo es incapaz de comprender las situaciones concretas y necesita de la ayuda de la burocracia del Caribe, la cual responde cada dos meses lanzando directivas falsas, cuya ejecución, cuando son justas, debía haberse realizado sesenta días antes.

¿Lograremos nosotros constituir la primer fuerza política proletaria de Cuba? ¿Llegará más pronto al Poder, otra vez, la pequeña burguesía que nosotros? Con los elementos actuales nuestro Partido va lentamente estructurándose. Es seguro que otra vez la pequeña burguesía se adelante al proletariado, pero la garantía del éxito ulterior radica en que nosotros habremos llegado a ocupar las posiciones de vanguardia de la clase obrera. Es innegable que sólo el nuevo Partido obrero, los bolcheviques-leninistas, puede conducir al proletariado a la victoria.

Si con la ayuda del proletariado extranjero logramos nosotros estructurar los cuadros capaces del Partido, no sería de un optimismo irresponsable el afirmar que en un período corto nuestra organización habrá superado en mucho al resto de las organizaciones obreras. Constituimos un partido joven, de vida y de porvenir. Hemos aprovechado la experiencia de los últimos meses y ajustado nuestras cuentas con la vieja táctica rutinaria del stalinismo. Los resabios sectarios se han liquidado. Ahora, ante nosotros, se abre el período de la reconstrucción del Partido; de la organización de los cuadros capaces, de la organización de la «defensa activa», para pasar a la ofensiva mañana. Nosotros saludamos este instante político en Cuba, bajo el signo de la creación de una nueva conciencia política y también de la nueva Internacional. Sólo con la ayuda de todos los camaradas extranjeros podremos nosotros, en la etapa próxima, batirnos a la ofensiva con éxito.

* * *

Actualmente guardan prisión en la fortaleza militar de La Cabaña y en el castillo del Príncipe más de veinte camaradas del Partido. Muchos de ellos, obreros españoles, serán enviados a España expulsados. Nosotros insistimos en la ayuda, no sólo material, sino también en su preparación. Son camaradas útiles que bajo vuestra dirección pueden rendir frutos notables a vuestra organización. Algunos de ellos son necesarios en Cuba. Avisaremos que se nos reintegren tan pronto hayan partido hacia ésa. Van debidamente acreditados y con sus carnets respectivos.

REVISTA DE LIBROS

ILYA EHRENBURG: *La insurrección austriaca.*—Cuadernos mensuales. Madrid.—50 céntimos.

Es Ehrenburg, indudablemente, uno de los mejores escritores de nuestro tiempo. Ha acertado como nadie a crear un nuevo tipo de literatura, la crónica-reportaje, que responde perfectamente a las inquietudes e incluso los gustos de la época. Ciertamente que, hasta ahora, más que identificación apasionada con los hechos reportados se exteriorizaba en Ehrenburg sólo una crítica sistemáticamente negativa. Su posición general no era la del cronista que toma resueltamente partido por un bando, sino la del espectador que, en ente neutral, ve descarnadamente los puntos críticos para ensañarse con ellos.

El autor de *Citroën 10 HP.*, caliente aún la sangre de los combatientes proletarios de Austria, ha ido al lugar de los sucesos para llevar a cabo un *relato social*. Y esta vez no en crítico cruel de todo lo humano, sino al servicio de la clase progresiva, el proletariado, contra la clase retardataria, la burguesía. Su reportaje es un magnífico documento, con toda la admirable fuerza y riqueza literaria de las demás obras de Ehrenburg. Puede decirse que como modelos de reportajes de insurrecciones proletarias quedarán históricamente: *En las barricadas de Hamburgo*, de Larisa Reisner; *Diez días que conmovieron al mundo*, de John Reed, y éste de Ehrenburg.

Sigue Ehrenburg en su reportaje todas las fases de la insurrección. A través de su relato asistimos a todos los incidentes de la lucha: el heroísmo de los más y la cobardía y la traición de los menos. Sólo con la exposición escueta de los hechos va adivinándose y concretándose, a medida que la lectura avanza, el triste papel representado por la dirección socialdemócrata, que condujo al proletariado austriaco al combate cuando las condiciones eran más desfavorables. El heroísmo individual de los militantes frente a la cobardía colectiva de la dirección socialdemócrata, resalta como ejemplo a ofrecer a los trabajadores de todos los países. Recomendamos a nuestros lectores la lectura de este reportaje.

P. FRANK: *La semaine du 6 au 12 Février.*—Ligue Comuniste, Paris.—50 céntimos de franco.

La semana del 6 al 12 de febrero de este año, en que las capas más reaccionarias de Francia intentaron un golpe de Estado, ha tenido una importancia fundamental en el curso de los demás acontecimientos políticos franceses. Significa dicha semana la primer ofensiva llevada a cabo por la burguesía para acabar con la democracia burguesa, de la cual ha sido cuna Francia. Nuestro camarada Frank, dirigente de la Liga Comunista francesa, ha escrito este folleto de una gran precisión, en el que además de establecer los antecedentes de la semana del 6 al 12 de febrero deduce de los sucesos las enseñanzas para el porvenir.

Es evidente que el proletariado francés, durante estos sucesos, se ha batido a la defensiva; pero esto no puede constituir un fin. ¿Cómo pasar a la ofensiva? ¿Cómo marchar hacia el Poder? Esto es lo que

principalmente tiene planteado ahora el proletariado francés y es lo que se dedica a estudiar Frank en su trabajo. Si la reacción ha podido intentar su golpe de Estado ha sido precisamente porque la clase trabajadora está ideológicamente desarmada, presa de dos errores: el reformista, que facilita el desarrollo de las tendencias fascistas, y el stalinismo, que esteriliza al proletariado para combatirlas. Se trata precisamente y sólo en esto estriba el secreto del éxito, no hay que olvidarlo, de dotar al proletariado del instrumento que le posibilite el derrotar a la burguesía. Y esta garantía únicamente descansa en el rearmamento de la clase obrera revolucionaria, es decir, en la creación del verdadero partido, vanguardia revolucionaria. Al mismo tiempo hay que señalar que, frente a la reacción amenazante, sólo una política consecuente y eficaz de frente único puede dar al proletariado la posibilidad de defender sus conquistas fundamentales.

Para un conocimiento exacto de la situación actual en Francia, de las fuerzas en presencia, de la actitud de los partidos obreros, del programa a desarrollar, etc., es preciso la lectura de este folleto de Frank.

MAX SHACHTMAN: *The years. History and principles of the Left Opposition.*—Pioneer Publishers, Nueva York.—10 céntimos de dólar.

Para algunos militantes jóvenes que han venido a las filas de nuestra organización al despertar su conciencia política, es desconocida la historia internacional de nuestra organización, que culmina en los actuales momentos en la organización absolutamente independiente de partidos revolucionarios del proletariado y en la constitución de la IV Internacional. Shachtman es uno de los mejores escritores de nuestra organización internacional y uno de los fundadores de nuestra sección de los Estados Unidos. Es un militante que ha vivido todas las etapas del desarrollo de la «lucha contra el trotskismo».

Diez años. Historia y principios de la Oposición de Izquierda, es precisamente eso, el análisis del desarrollo histórico de nuestra organización y la exposición sucinta de nuestro programa. Ocupa el primer capítulo la lucha por la democracia en el interior del Partido, que fué el punto inicial de nuestras discrepancias con el stalinismo. Las lecciones de Octubre, la teoría del socialismo en un solo país, la huelga general inglesa de 1926, la tragedia de la revolución china, la economía planificada, industrialización y colectivización de la agricultura, la ruptura entre el bloque de derecha y centro y el «tercer período», los peligros de thermidor y bonapartismo, constituyen los demás capítulos del libro.

Un librito de gran interés informativo e histórico, que sería de gran utilidad traducir al castellano.

ANÓNIMO: *Rumo á IV Internacional. A Descomposiçao do Stalinismo e da Social-Democracia e a Recomposiçao do Movimento Revolucionario Internacional.*—Luta de Classe, Sao Paulo.

En este folleto, de 70 grandes páginas, nuestros camaradas de Brasil han recogido todos los documentos más importantes publicados en torno a la constitución de la IV Internacional. Se agregan también otra serie de documentos, conocidos de nuestros lectores por haberlos insertado ya en COMUNISMO, que si no se refieren de una manera absolutamente directa a la IV Internacional, están ligados a las cuestiones que justifican la existencia de ésta.

L. CABALLERO: *Discursos a los trabajadores.*—Gráfica Socialista, Madrid, 3 pesetas.

Largo Caballero ha recogido en un libro los discursos pronunciados en los meses últimos. Como cabía suponer, el libro se ha vendido con furia, dadas las esperanzas que ha despertado entre la clase obrera y la expectación general que ha producido la postura del viejo líder socialista.

En cuanto al valor político de estos discursos, tienen valor o no, según se les mire. Es evidente que Largo Caballero no quiere que sucumba la clase obrera española como sucumbió en Austria o en Alemania. Que eso no lo quiere, está claro para toda persona que piense normalmente, a no ser que se trate de un «proletario revolucionario», de un «bolchevique de los de ahora», que aun las cosas más naturales y sencillas las piensan al revés.

Pero, fuera de estas intenciones de defenderse, los discursos de Largo Caballero no constituyen nada políticamente sólido, no trazan un rumbo, no son garantía de una actuación revolucionaria por parte del socialismo, que es lo que se pretende demostrar. El concepto que tiene Largo Caballero de la revolución, si nos atenemos a sus palabras, es completamente infantil. Para él, la revolución proletaria y la conquista del poder vienen a ser algo así como organizar un complot. Y esta concepción nos da la medida justa de lo que es hoy la política socialista. Un complot o una insurrección nadie se decide a organizarlo hasta que llega el agua al cuello o un poquito más arriba, y, mientras tanto, se van haciendo concesiones. La legislación de la República está casi derogada. Seguramente, cuando se publiquen estas líneas habrá caído ya la ley de Términos municipales. Si por casualidad diera mañana la política un paso a la izquierda, toda la labor destructora del Gobierno Lerroux quedaría ahí. Y, naturalmente, el partido socialista habría considerado entonces, bajo un Gobierno de izquierda, que no era el momento de la insurrección. Así, entre alharacas revolucionarias, va perdiendo la clase obrera sus pobres conquistas, en el mejor de los casos, y en el peor, va camino de verse obligada a librar una lucha final desesperada.

La política del partido socialista está claramente orientada hacia la restauración de los republicanos de izquierdas. Y, sabiendo esto, como lo sabemos todos, ¿qué decir de los discursos de Largo Caballero? Lo mismo pueden servir a la clase obrera de narcótico que de estimulante.

L. F.

REVISTA DE REVISTAS

«LEVIATÁN».—Una revista de Luis Araquistain de carácter, aunque no exclusivo, marcadamente socialista. Según parece declarar, *Leviatán* se propone continuar la obra—en el sentido más general—de la vieja revista *España*, de Azaña y Araquistain. Pero difícil le será, en nuestra opinión, entroncarse de alguna manera en la tradición de la revista *España*. Al querer situarse en los problemas candentes, la revista adquiere de una manera fatal un carácter obrerista y, más concretamente, socialista. Esto es lo que se desprende de la lectura del primer número.

Los trabajos publicados son de muy diverso valor. Se encuentran desde el trabajo sabihondo y grisáceo de Besteiro hasta el trabajo bien orientado y siempre resuelto con talento periodístico del director. Hay artículos interesantes de Llopis y Ramos Oliveira sobre la historia del socialismo; de Pestaña sobre la situación del sindicalismo; un trabajo de Vidiella sobre el anarquismo. En general, el primer número constituye un repaso bastante completo de los problemas del movimiento obrero nacional e internacional.

Nosotros nos felicitamos de que surjan, ligadas al movimiento obrero, publicaciones como *Leviatán*, de área más amplia que la de un partido.

Imp. Pueyo.—Luna 29.

"La Antorcha", suspendida

El gobernador civil de Madrid ha comunicado a la Dirección del órgano central de la Izquierda Comunista Española, que «en aplicación del capítulo III de la ley de Orden Público de 28 de julio de 1933, y en uso de las facultades que me confiere el artículo 39 de dicha ley, he acordado suspender indefinidamente la publicación de ese periódico de su dirección». Por lo tanto, nuestro órgano no ha podido salir el 15 de este mes, en que correspondía la publicación del segundo número. La Dirección de *La Antorcha* nos comunica que volverá a reanudar su publicación inmediatamente que sea levantado el estado de alarma.

El primer número de *La Antorcha* constituyó en toda España un extraordinario éxito, de venta y de aceptación por los trabajadores. Bastará saber que a pesar de la persecución de que le hizo objeto la policía en Madrid, persecución que desconocemos en qué podía estar fundada, se vendieron en esta capital dos mil ejemplares. De muchos sitios de España se recibieron nuevos pedidos que no fué posible servir.

La necesidad de la publicación de un periódico como *La Antorcha* se hacía sentir desde hace mucho tiempo en el movimiento obrero español. *La Antorcha* viene a seguir la tradición de los primeros órganos comunistas españoles, antes de la actual desmoralización y degeneración, que se distinguían por su elevado tono político, al mismo tiempo que por su gran espíritu combativo. Frente a la chabacanería peculiar de toda la Prensa pablista, que ahora supera la marca de la cursilería, y frente a los insultos y la irresponsabilidad de los libelos stalinianos, se precisaba un verdadero órgano de la clase trabajadora española, que armonizase la responsabilidad política con la energía doctrinal. Esto viene a ser *La Antorcha* y esto ha sido su primer número, y esperamos que sean los sucesivos.

Nuestros lectores saben muy bien que todos nuestros órganos viven exclusivamente con los ingresos que nuestros camaradas y lectores ños proporcionan. No recibimos ningún apoyo económico exterior. En la Izquierda Comunista no hay funcionarios retribuídos y todo el trabajo, tanto el de Redacción como Administración y el político, lo realizan los camaradas al abandonar su trabajo diario. Por eso nos dirigimos una vez más a todos los camaradas, amigos y lectores, en petición de que nos ayuden económicamente a sostener nuestro órgano. Nosotros no podemos tener por ahora una tirada que cubra sobradamente todos los gastos. Para cubrir el déficit resultante precisamos que los camaradas nos remitan donativos. Y esta ayuda es la que esperamos de todos.

No es de esta manera sólo como puede ayudársenos. Hay que buscarnos suscriptores, enviarnos listas de posibles lectores a quienes nosotros podamos remitir ejemplares de propaganda. Todo cuanto en este sentido se haga es ayudar eficazmente a consolidar la vida de *La Antorcha*.

Toda la correspondencia debe dirigirse a: *La Antorcha*. Apartado 9.034, Madrid.

LEED

¿ADONDE VA EL PARTIDO SOCIALISTA?

¿Rectificación o reincidencia?

32 páginas.-30 céntimos **Por L. FERSEN**

Al romperse la conjunción republicanosocialista y abandonar ésta el Poder, el partido socialista, por virtud de las declaraciones de su líder más caracterizado y por los artículos de *El Socialista*, dice volver a sus antiguas posiciones de partido de clase. ¿Hasta qué punto es esto cierto? ¿Hasta qué punto es sincera esta posición del partido socialista? ¿Cuál es la actitud que con respecto a él deben seguir las demás tendencias obreras? Esto es lo que se examina en el folleto de Fersen.

EL COMUNISMO Y LA CUESTION AGRARIA

25 céntimos **Por N. LENIN**

Comprende este folleto la tesis presentada por el camarada Lenin al II Congreso de la Internacional Comunista y adoptada por el mismo. Es uno de los documentos básicos del Comunismo más olvidados y, sin embargo, de mayor valor teórico. La publicación en esta edición económica de la tesis agraria del II Congreso de la Internacional Comunista facilita a todos los trabajadores militantes la posibilidad de adoptar, después de su lectura y comprensión, una actitud firme y acertada en el problema agrario.

LA IV INTERNACIONAL Y LA U. R. S. S.

40 céntimos **Por L. TROTSKY**

Un estudio sobre la naturaleza de clase del Estado soviético y sobre la actitud de la IV Internacional ante él. Es el libro de más candente actualidad internacional y que todos los trabajadores deben leer y divulgar. Se expone el concepto que del Estado soviético tiene la Liga Comunista Internacionalista (antigua Oposición de Izquierda).

OBRAS DE ANDRES NIN CUYA LECTURA RECOMENDAMOS

Las dictaduras de nuestro tiempo, 5 pesetas; **Los soviets, su origen, desarrollo y funciones,** 60 céntimos; **Manchuria y el imperialismo,** 60 céntimos; **Reacción y revolución,** 40 céntimos; **La huelga general de enero y sus enseñanzas,** 20 céntimos; **Qué son los soviets,** 20 céntimos.

Toda la correspondencia y pedidos a: COMUNISMO. Apartado 9.034, Madrid.